



APENDICE

EN LA REJIÓN DEL SALITRE

(Artículos publicados en EL CHILENO por don Pedro Belisario Galvez).

La vida en las salitreras.—El capital y el trabajo

Iniciamos desde ahora nuestros modestos pero sinceros estudios acerca de lo que todos conocemos con el nombre de problema obrero; y como único preámbulo deseamos expresar que nuestras observaciones fueron tomadas directamente, en la fuente misma en que el problema ha surjido, oyendo ó estudiando los diversos factores que lo forman ó que han contribuido á su producción.

Y entrando ya en el asunto principal, debemos estampar la primera pregunta que se formularán los lectores: ¿Hay problema?

Nuestra respuesta es: Si lo hay, pero no en el sentido que por acá nos lo hemos figurado.

Desde luego, no es un problema insoluble. Pero presenta tan diversos caracteres, entran tantos factores, que su completa solución no podrá ser obra del momento, ni de la sola acción de la autoridad. Para el arreglo definitivo y feliz, para la solución ideal, necesitariase el concurso de la autoridad, la Iglesia, los salitreros y los trabajadores mismos, esto es, la lejislación y el patronato. Para el arreglo inmediato, para la cesación del descontento presente, hay recur-

sos también inmediatos, cuya adopción sin embargo no deja de ofrecer serias dificultades.

El problema ha surgido de las condiciones de la vida en la región del salitre. Aquí no se viene á vivir; aquí se viene á ganar dinero. Mientras en el centro el obrero puede radicarse en una parte, con vivir, hacer allí el nido de su existencia, aquí no puede ni debe tener otra aspiración que la de aprovechar lo mejor posible el esfuerzo de sus brazos; acopiar el dinero necesario para disfrutarlo después en el sur, adquiriendo alguna pequeña propiedad ó emprendiendo negocios al alcance de sus caudales.

¿Por qué? Porque la naturaleza lo ha dispuesto así, mientras la mano del hombre no venga á remediarlo.

Figuraos inmensas llanuras, áridas, secas, desprovistas de vegetación, tan mezquinas en su superficie como jenerosas y ricas en sus entrañas, en donde durante el día quema un sol inclemente y sopla por la noche cierzo helado y traidor. Figuraos unas agrupaciones de viviendas hechas de zinc, verdaderos campamentos, que tal es el nombre cabalmente, construídas á la lijera, como las tiendas en el desierto, todas iguales, algunas dotadas de ciertas condiciones, otras que se acercan á celdas de presidio. Figuraos una labor igual, un trabajo idéntico en todas partes: los mismos esfuerzos, los mismos procedimientos. Figuraos, en una palabra, la monotonía, la tristeza perenne, la falta de sociabilidad, de espectáculos cultos, de ese comercio humano que es base de la felicidad social y convendréis en que no puede tomarse aquello sino como un sitio transitorio, como un lugar ingrato que es fuerza dejar apenas sea posible.

Esta misma condición de la vida produce por fuerza la consecuencia de establecer frente á frente la extrema miseria con el esplendor de la riqueza. Frente al campamento con habitaciones hechas de *calamina* (zinc), sin otro piso que la costra del suelo, mal cubiertas algunas veces, bajas y estrechas otras, con unos toscos jergones para guarecer del vien-

to el reducido espacio que sirve de cocina, están las casas de la administración, suntuosas y confortables, llenas de los detalles y las comodidades que pueden apetecerse en las grandes ciudades.

Y tiene que ser así, porque los empleados de la administración, el gerente y á veces su familia, necesitan compensar con ese confort las demás penalidades del desierto, la absoluta carencia de distracciones, la falta de toda comunión social.

¿Influye la contemplación de este contraste, motivado por la fuerza de las cosas, en la distancia, en el malestar de los trabajadores?

Como quiera que sea, vemos que se trata de condiciones anormales de la existencia, de caracteres anómalos que no pueden ser sino transitorios.

El trabajo tiene que participar de los caracteres del medio en que se vive. Su organización aquí es, pues, defectuosa, desde que se busca sólo el mayor beneficio, la más grande utilidad, el más próximo enriquecimiento.

No es posible, pues, decir *á priori* que los salitreros son unos explotadores vulgares, unos vampiros que chupan la sangre de los trabajadores. Los hay que son verdaderos patriarcas, que tienen contacto afectuoso con sus operarios; que han proveído á sus necesidades en la mejor forma posible.

Tenemos cabalmente sobre nuestra mesa de redacción una serie de vistas del recibimiento que hicieron los trabajadores á un salitrero, Mr. Santiago Humberstone, de regreso de un viaje por Europa.

Fué aquella una manifestación de agradecimiento y de cariño, motivada naturalmente por la conducta patronal de aquel capitalista.

¿Qué prueba esto? Que puede haber buenos patrones, como los hay malos, y sería manifiesta injusticia colgarles á todos el mismo calificativo.

Hay que convenir en que nunca el obrero de la pampa

llegará á ese estado de plácida satisfacción que se llama felicidad, de que suele disfrutar el obrero del centro, que nunca está contento porque por hoy no es esa tierra propicia para los goces elevados del espíritu.

Pero tiene derecho á un bienestar mayor del que en jeneral disfruta, y sobre todo á que se respete el fruto de su trabajo, á que no se coarte su libertad para disponer del dinero ganado con su sudor, á que no se le esquilme fraudulentamente, á que sean justos y equitativos para con él.

Con esto dejamos apuntado que no admitimos la *pulperia*, ó sea el despacho de la oficina, que somos partidarios del comercio libre. Ya tendremos ocasión de extendernos sobre este asunto, que es el eje de las dificultades, la causa principal de las protestas, la manzana de la discordia.

Hay que convenir, por otro lado, en que, aunque sea hiriente para nuestro patriotismo, la industria del salitre tendrá que pertenecer en su mayor parte á los extranjeros.

Aquellas obras costosísimas, aquellos ferrocarriles atrevidos que ascienden á elevadas alturas, aquellas maquinarias poderosas y perfectas, frutos son del capital y del esfuerzo extranjero.

Hablar de la nacionalización del salitre, al menos por el momento, es una niñería. ¿De dónde saca Chile los centenares de millones de pesos que todo aquello significa? ¿De dónde el empuje, el brío para acometer labores que asombran por las dificultades que ha sido necesario vencer?

Y en cuanto á la conducta para con los trabajadores, no son desgraciadamente las oficinas chilenas las que pueden ofrecerse como tipo de cordialidad, de justicia y equidad.

Lejos de eso, se distinguen por lo contrario. Cabalmente fué á un administrador chileno á quien encontramos más distante de los trabajadores chilenos; y han sido jerentes ingleses y alemanes los que se han adelantado con obras patronales, buscando la armonía con sus trabajadores, dentro

del defectuoso sistema que regla las relaciones del trabajo y el capital.

En resumen, el problema obrero del Norte asume los más complejos caracteres.

Para estudiarlo con probabilidades de éxito, hay que situarse en el terreno de la más perfecta equidad, dando al César lo que es del César, diciendo la verdad con franqueza, señalando los abusos y las inconveniencias, para llegar á las vías salvadoras.

El pueblo entero, los obreros del centro del país deben considerarse interesados directamente en esta cuestión. Hay síntomas que hacen creer el propósito de reemplazar al trabajador chileno por el peruano y el boliviano, sobre todo por este último, que al par que es muy resistente para el trabajo, nunca protesta, nunca se subleva, nunca da señales de rebeldía.

El desplazamiento de los trabajadores del Norte significaría plétora de brazos en el centro, ó sea baja de los jornales para nuestros obreros.

Podría significar también la formación de elementos parasitarios, que fueran al motín y á las depredaciones. Y entonces ya tenemos encima la intervención de las potencias extranjeras, quizás la intromisión por algún título de los Estados Unidos, cuyas aspiraciones imperialistas son demasiado ostensibles para que no nos sirvan de saludable advertencia.

Es, pues, éste un problema económico, social, nacional y juntamente con proyecciones internacionales.

Todos debemos empeñarnos en su solución tranquila y equitativa, sin odios preconcebidos contra nadie, con espíritu de justicia é independencia, buscando la conciliación de los intereses de los salitreros con las aspiraciones de los trabajadores.

Una y otra cosa son respetables, sagradas, dignas de nuestra atenta consideración y de nuestras honradas inspiraciones.

I

LA PULPERÍA

Hemos dicho que la pulpería parece ser la causa primaria y principal del descontento de los trabajadores en las salitreras.

Las quejas eran unánimes, invariables en todas las oficinas. Bien podían estar contentos con las habitaciones, satisfechos con la conducta del administrador, reconocidos á los esfuerzos del patrón en pró de su bienestar: siempre había la queja contra la pulpería.

En las mejores oficinas, ahí donde había hospital, centros de diversión, biblioteca, iglesia, clubs atléticos, se levantaba sin embargo, como un *pero* formidable, la pulpería.

Las quejas eran siempre iguales: carestía enorme de los artículos, disminución manifiesta en el peso, decomisación inflexible de la mercadería comprada afuera y destitución inmediata del trabajador á quien se sorprendiera en esto que en las oficinas llaman *contrabando*.

La pulpería es el almacén de provisiones y tienda de ropa que surte á los trabajadores. Sus existencias son considerables, aptas para satisfacer todas las necesidades de los campamentos, desde la ropa y el calzado, hasta el licor más esquisito y la especie más insignificante. Las hay que representan centenares de miles de pesos como capital, y siempre pertenecen á la oficina, forman parte del negocio jeneral.

Los precios de los artículos de consumo diario son como término medio los siguientes, bajando un poco en las oficinas que están cerca de los pueblos y subiendo en las lejanas:

1	libra	azúcar.....	\$ 0.30 á 0.40
1	»	arroz.....	0.30 á 0.40
1	»	mote.....	0.30 á 0.40

1	libra	maíz.....	\$ 0.20 á 0.30
1	>	frejoles.....	0.20 á 0.30
1	>	garbanzos.....	0.20 á 0.30
1	>	té Horniman.....	2.80 á 3.00
1	>	té en paquete.....	1.60 á 1.80
1	>	té extra.....	2.00 á 2.50
1	>	fideos.....	0.40 á 0.50
1	>	trigo.....	0.20 á 0.30
1	>	carne.....	0.40 á 0.50
1	>	charqui.....	1.00 á 1.50
1	>	papas.....	0.15 á 0.20
1	tarro	leche.....	0.80 á 1.00
1	libra	café crudo.....	1.00 á 1.50
1	>	chuchoca.....	0.20 á 0.30
1	>	lentejas.....	0.20 á 0.30
1	paquete	fósforos.....	0.28
1	litro	parafina.....	0.40 á 0.50
1	libra	sal común.....	0.10
1	arroba	agua.....	0.10 á 0.20
1	libra	grasa.....	0.80 á 1.00
1	>	harina.....	0.20 á 0.30
1	>	sémola.....	0.40
1	>	frangollo.....	0.15 á 0.20

No entran aquí la cerveza, que suele costar \$ 1.50 la botella, el vino, etc.

A estos precios, hay que agregar la disminución en el peso de que se quejan casi todos los trabajadores sin excepción y que recarga todavía más el valor de los artículos.

Los otros artículos, el vestido, etc., son igualmente caros. Un terno de ropa, de regular clase, vale de \$ 60 á 78. Todos estos artículos son de pulpería.

Los salitreros parecen considerar como un derecho incontestable el de tener pulpería, y consecuentemente de obligar á los trabajadores á que compren sólo en ella. Declaran que

con ella pueden defenderse de los jornales elevados, y que así satisfacen las necesidades de los trabajadores, teniendo al alcance de la mano cuánto pueden desear.

Contestando el cargo de no permitir que entren vendedores de afuera, dijeron que lo hacían porque éstos les introducían licores de mala calidad. Entretanto, en la pulperia hay licores buenos y se les vende sin cortapisa.

Afirmaron que no coartaban la libertad de sus trabajadores para comprar afuera, esto es, que no había decomisación. Entretanto, en el reglamento de una oficina, impreso sobre la libreta del trabajador, hay esta cláusula.

«Art. 2.º Se prohíbe introducir *mercaderías* ó licores, siendo despedidos los que lo hicieren y cayendo en comiso sus contrabandos».

Ese *despedidos* no se refiere al vendedor ambulante, que será despedido de la pertenencia, sino al trabajador que será despedido del trabajo. Así nos lo declararon los obreros, citándonos casos concretos en que se había cumplido en esta forma el artículo del reglamento.

En otra oficina, la misma prohibición está contenida en el artículo 9.º en estos términos:

«Art. 9.º Se prohíbe también la introducción clandestina de licores, *mercaderías*, etc., sin el especial permiso por escrito de la Administración».

¿Se concede ese permiso? Los trabajadores contestan que nunca, ni á ellos para traer de afuera, ni á los vendedores ambulantes para introducir *mercaderías*.

Se ve pues que se procura asegurar el monopolio exclusivo de la pulperia, alejando en cuanto es posible toda competencia, toda rivalidad, coartando hasta la libertad del trabajador para el libre uso del dinero ganado con su esfuerzo, con la lucha fatigosa allá en la calichera, con el sudor copioso que le arranca la alta temperatura de las máquinas y los cachuchos, en todo caso, con su trabajo duro, árido abrumador.

Para asegurar ese monopolio, se presta admirablemente el sistema de fichas y vales sobre los cuales hemos de hablar pronto.

La pulpería constituye así, á ojos vistas, un gran negocio, un espléndido negocio, un negocio colosal. Las utilidades escapan á todo cálculo. No es aventurado decir que nunca bajan de un 20 por ciento. Y una ganancia tan cuantiosa en ventas anuales de 300, 400 ó 500 mil pesos, es sencillamente una ganancia fabulosa, y tan segura como fácil. Nosotros oímos de una pulpería que en un mes había tenido 30,000 pesos de utilidad.

Aquí está, á nuestro juicio, la expoliación del trabajador, la exacción de sus dineros.

Dejemos á un lado el atentado contra la libertad del trabajador, la tiranía de obligarlo á comprar allí y solamente allí. Económicamente, nos parece una esclavitud sin nombre. Es hacer entrar por el mesón de la pulpería lo que se paga por la caja de la oficina, con esta diferencia: que lo que se paga, bien ganado está, y lo que se vende adolece de fraudes y recargos exorbitantes. Para usar una forma sencilla, diremos que esta rotación del dinero se produce así: el salitrero da cinco con la mano derecha, y recoge seis con la mano izquierda.

En algunas oficinas, justo es declararlo, los patrones no aceptan esos abusos. Limitan los precios á un minimum de ganancias razonables. Han llegado á ordenar que se coloquen listas de precios en la misma pulpería, á la vista del público á fin de que puedan reclamar de cualquier abuso. Pero muchas veces, según nos declararon los trabajadores, esas precauciones son ilusorias. Y en la mayor parte de las oficinas no hay tales listas, ni nada.

Hé aquí la causa matriz del mal. ¿Cuál es el remedio? No otro que la supresión del monopolio, el establecimiento del comercio libre, como lo piden á una voz todos, todos los trabajadores de las salitreras.

El libre comercio puede consistir en la instalación de varias pulperías particulares dentro de la pertenencia salitrea, para lo cual la oficina arrendaría retazos de terrenos, lo mismo que se hace con las *fondas* ó en el sistema cooperativo de consumos: ó en el libre tránsito de vendedores ambulantes por los campamentos.

El primer sistema nos parece más aceptable, más práctico, más hacedero.

En cada oficina hay una *fonda* ó cocinera, en que se tienen pensionistas que pagan desde 45 á 55 pesos mensuales. La fonda es explotada por un particular, que paga á la oficina desde 100 á 200 pesos mensuales de arriendo, y él atiende el negocio por su cuenta. ¿Por qué no hacer lo mismo con la pulpería? ¿Por qué no arrendar terrenos para pulperías? Sólo que en vez de una, es forzoso poner varias, tanto porque el capital que una pulpería demanda es cuantioso, como porque así se establece la competencia que da por resultado la rebaja en los precios. El trabajador iría donde le vendieran más barato, y los negocios limitarían entonces sus ganancias al *minimum* indispensable.

El segundo sistema, la cooperativa de consumos, implantado en las grandes explotaciones de Europa, sería el ideal. La oficina aportaría un capital de 50 ó 100 mil pesos para la pulpería, y los trabajadores nombrarían de su seno una delegación que la administrara, fijara los precios, vendiera, sacara el interés correspondiente para entregárselo al patrón amortizando al mismo tiempo el capital. Las utilidades quedarían, ó para un fondo común destinado á la construcción de un hospital, de salas de lectura, de clubs de esparcimiento, ó para ser repartidos á prorrata entre los trabajadores mismos.

Desgraciadamente, la forma periódica, temporal, en que se hace la elaboración del salitre, hasta llenar la cuota fijada por la Combinación, para estar de pára durante algún tiempo y reanudar después los trabajos, hace desde luego

irrealizable esta hermosa fórmula, que en otras partes, en Estados Unidos, en Inglaterra, como acabamos de decirlo, funciona con espléndidos resultados.

Finalmente, el tercer sistema, el libre tránsito de los vendedores ambulantes por los campamentos como proveedores, tiene los inconvenientes de lo eventual, de lo contingente. Fuera de que sería un poco difícil cargar diariamente con todos los artículos de consumo obligado, podría suceder que un entorpecimiento cualquiera impidiera la oportuna llegada de esos elementos, produciendo consecuencias tan terribles como el hambre misma.

Pero en cualquiera forma, la libertad de comercio se impone como el primer recurso en favor de la tranquilidad, como la más eficaz medida en pró de la armonía entre patrones y operarios, como la solución más indispensable y más urgente.

Los trabajadores quieren que el salitrero sea sólo salitrero, que no sea conjuntamente pulpero! Sólo así desaparecerá el monopolio actual, la tiranía sobre los estómagos, la conspiración contra el bolsillo de los trabajadores.

Establézcanse cuatro, cinco pulperías libres en cada oficina, establezca la administración una por su cuenta si quiere. Pero no ejerza monopolio, no atente contra la libertad individual; no obligue al trabajador á que le devuelva con creces el fruto de sus sudores. Que esto es lo exasperante, lo irritante, lo sublevador.

En Europa, el tejedor de lanas, es sólo tejedor, el minero, sólo minero; el fabricante, sólo fabricante. Se aprovecha el trabajo del hombre, no se explotan sus necesidades.

Hay además una razón de justicia económica en favor de la supresión de este monopolio. El simple trabajo se puede medir y justipreciar entre los interesados; en la pulpería, el trabajador está á merced del pulpero, que le impone el precio, ó le recorta en el peso, ó se vale de otros arbitrios para incrementar los intereses de la oficina, que son los suyos

propios ya que tiene una fuerte participación en las utilidades de la pulpería. De ahí las resistencias naturales, innatas las desconfianzas tal vez injustificadas pero invencibles de los trabajadores.

En resumen, razones de justicia incontestable, de equidad evidente, abonan esta aspiración unánime de los trabajadores, de suprimir la pulpería actual y reemplazarla por el comercio libre. Estamos pues con ellos, é incitamos á la Comisión Consultiva á que arbitre alguna forma que satisfaga este fundado clamor, á que remueva esta dificultad con lo cual no hay arreglo posible en ningún sentido y sin lo cual todo lo demás sería fácilmente hacedero.

*
*
*

Y para terminar este artículo consignemos algunas notas tomadas al pasar relacionadas con la pulpería.

Dícese que un sindicato inglés propietario de salitreras, al recibir el balance que la oficina le mandaba y comparar las utilidades de la pulpería con las de la elaboración, había dirigido á la salitrera el siguiente telegrama:

«Cierre oficina. Manténgase con pulpería».

Lo que equivele á comerse una almendra sin partirla.

La sub-comisión presidida por el Ministro del Interior visitó una oficina, en que le demostraron un empeño demasiado vivo porque visitara la pulpería.

Fué la sub-comisión allá, y lo primero que vió fué una enorme batería de botellas de vino *Errázuriz Panquehue*.

—Buen vino se toma aquí!—dijo el Ministro sonriendo y comprendiendo la causa de aquel despliegue vinícola.

En otra oficina se presentó ante la sub-comisión un sujeto llevando en una manta gran cantidad de comestibles, como papas, cebollas, azúcar, pan, etc., etc.

—Esto, iba diciendo á medida que lo mostraba—cuesta tanto y está podrido; esto, tanto y le faltan tantas onzas en el peso...

Así hizo la enumeración completa.

Al terminar, agregó con mucho desplante:

—Hav que advertir que la pulperia escojió lo mejor por si venian ustedes, para que dijeran: «Benhaiga que se come bien aquí».

En otra oficina se quejaban los trabajadores de la disminución en el peso de la carne.

Un miembro de la Comisión le preguntó al pulpero discretamente:

—Diga la verdad, ¿ustedes suelen rebajar en el peso?

—Le diré, señor: cuando compran diez libras de un golpe, no las damos todas, porque quedaríamos sin carne. Pero cuando compran una libra, casi la damos entera...

Si se dudara de esta sugestiva contestación, citaríamos el testigo que la oyó.

Y esto ya no es anecdótico.

Un distinguido caballero, propietario de salitrera, contestando nuestras observaciones sobre la pulperia, nos dijo textualmente:

—La pulperia no es negocio.

Con lo cual—concluimos nosotros—es facilísimo reemplazarla por el comercio libre.

II

LOS CACHUCHOS

Deliberadamente hemos seguido en estos estudios el mismo orden en que han solido formular sus reclamaciones los trabajadores de las salitreras.

Como se sabe, sus reclamos han consistido:

En el libre comercio;

El canje de fichas á la par;

El cierre de los cachuchos.

De estos tres órdenes de reclamaciones, el primero es sin duda el más grave, el de más difícil solución. Los otros dos están ya casi enteramente satisfechos. La ficha se cambia á la par en casi todas las oficinas; los cachuchos están provistos de rejillas en casi todas las instalaciones.

El libre comercio, en forma que provea á las necesidades cotidianas de los trabajadores, no existe en ninguna salitrera. ¿Existirá? Se oponen á él los intereses de la oficina y un concepto tal vez no muy exacto de lo que es la pertenencia salitrera, según el cual el salitrero es dueño del suelo y la oficina una propiedad privada, en cuyo radio nadie puede instalarse sin su consentimiento.

Y sin embargo, como ya lo hemos dicho, este es el nudo de las dificultades, la causa principal del malestar de los obreros.

Mientras exista la pulpería que excluye el libre comercio, el trabajador se creará explotado, estrujado por la oficina; seguirá creyendo que le devuelve con creces al patrón lo que él le paga por su trabajo.

Hemos demostrado que, en jeneral y doctrinariamente, los trabajadores tienen razón.

Poco podemos decir de los cachuchos. Son los estanques en donde se cuece el caliche. Por su interior pasan tubos de

vapor á alta presión, y cañones que llevan agua caliente y salobre. Su tamaño es variado, según la instalación. Jeneralmente tiene de 4 á 5 metros de largo por 1.50 á 2 de ancho.

Por encima de los cachuchos pasan líneas Decauville, cuyos carros llevan el caliche que se vacía en aquéllos. Los carritos son empujados por los trabajadores, y como pasan por tablonés angostos, corrian peligro de caerse si pisaban mal.

Sin embargo, los accidentes eran debidos á que muchas veces los trabajadores se presentaban en estado de ebriedad. Peligro de muerte no hay, en realidad; pero sí de graves quemaduras en los brazos ó las piernas, porque no es caerse al plomo derretido ó al fuego vivo como se creía entre nosotros, sino á un fondo en que hierven trozos de caliche á 150 grados de temperatura.

Pero como hemos dicho, sólo en tres ó cuatro oficinas encontramos los cachuchos abiertos. En todas las demás se había dado cumplimiento al decreto de la Intendencia que ordenaba la colocación de rejillas, y aún hay algunas en que esa medida de seguridad existía desde tiempo inmemorial.

Es cierto que hay un trabajo pesado y duro, el de la limpieza de los cachuchos. Pero es cosa aparte, y de ello hablaremos cuando nos toque tratar sobre la elaboración del salitre.

Es claro que esta seguridad no está demás y hay que reconocer que en jeneral el cierre de los cachuchos significa otra aspiración de los trabajadores satisfecha, otra conquista suya, otra victoria de sus esfuerzos.

III

FICHAS Y VALES

Relacionada directamente con la pulpería, es la cuestión de las fichas y de los vales.

La ficha ¿es moneda? Los salitreros contestan rotundamente que nó. A su juicio, es sólo una orden contra la pulpería, un signo convencional por medio del cual el trabajador obtiene los artículos que necesita de aquel establecimiento.

Según los salitreros, no siendo moneda la ficha, no estaban ellos en la obligación de canjearlas á las personas de afuera, á los comerciantes ambulantes, á los despacheros con quienes los trabajadores entran en transacciones.

Sin embargo, hoy las cambian en muchas oficinas á cualesquiera personas que se presenten, en los días fijados para ese objeto.

Además, según los salitreros, la ficha no es moneda porque sólo el Estado tiene poder para emitir, y así estarían ellos atentando contra la Constitución y las leyes del país.

Finalmente, la mejor prueba de que no es moneda está en que la cambian por billetes o plata de curso legal en un día de cada quincena.

Según los trabajadores, la ficha es una verdadera moneda emitida arbitrariamente por la oficina y gracias á la cual efectúa transacciones que suman de miles de pesos.

Hay oficinas que movilizan diariamente \$ 5,000 pesos en fichas, que salen en la mañana por la caja y entran en la noche por la pulpería.

Tiene poder cancelatorio en la pulpería, no siendo por tanto un signo convencional, una orden contra aquella, sino una verdadera moneda, porque con ella queda cancelada una compra.

Finalmente, cuando el trabajador pide diario ó anticipo, no dice: «Deme tantas fichas», sino: Deme *dos pesos, un peso, cuarenta centavos*. Y ese mismo diario que en las faenas de Santiago, Valparaíso, etc., le es entregado en moneda corriente, aquí se lo dan en fichas.

Dejando a un lado esta controversia, que aunque interesante no se relaciona directamente con nuestros estudios

vamos á expresar la verdadera acción de la ficha, las causas por qué fué combatida, las diferencias que existen entre ella y el vale, y por qué éste es aún más repudiado que aquélla, al extremo de orijinar una huelga, como la de la oficina Eslavonia, á la cual pusiera término la discreta intervención del Ministro del Interior.

En casi todas las oficinas salitreras, el pago es quincenal. Como los trabajadores no podrian, como se comprende, resistir una quincena sin pedir anticipos, éstos son concedidos en fichas, con las cuales se compra en la pulperia. Si al término de la quincena el trabajador presenta fichas pidiendo que se las cambien por dinero, se las cambien á la par. Si se presentan personas de afuera con fichas, también hay canje en la misma forma, por lo menos en algunas oficinas.

Por desgracia, antiguamente, las cosas no pasaban así. El estado actual es una conquista de los trabajadores.

Antes de ahora, el trabajador que recibía fichas estaba obligado á gastarlas todas en la pulperia. Si quería cambio en dinero corriente, tenía que admitir un descuento de 20 aún de 30 por ciento; por un peso, por ejemplo, le daban 80 centavos. Del mismo modo, no podían hacer transacciones afuera, porque no había canje para los extraños, á menos que el descuento fuera aún más considerable. El abuso salta á la vista.

En el fondo, lo que hay es que la ficha sirve de verdadera amarra entre la pulperia y el trabajador. Esa amarra está hoy floja, pero no rota.

El vale representa más exacta y perentoriamente esa sujeción, esa amarra. Tenemos uno á la vista. Hasta su aspecto es antipático. Las fichas son de gutaperecha, de bronce, de acero niquelado, y por más que se las use conservan su aspecto nítido y limpio. El vale es un papel común, con viñetas y cláusulas impresas, y á poco de sobajeado queda mugriento, roto, repugnante. Veamos lo que dice el que nos sirve de muestra:

«ESTA ORDEN ES INTRANSFERIBLE Y SÓLO PODRÁ USARLA LA PERSONA Á CUYO NOMBRE HA SIDO EXTENDIDA.

N.º 001182. — Oficina La Palma, febrero 29 de 1904.

Señor pulpero:

Sírvase entregar *únicamente* á don José Letelier, trabajador de esta oficina, mercaderías por valor de *un peso* que cargará en cuenta.»—Siguen la firma del administrador y el número 1 en gruesos caracteres.

Como se ve, el trabajador tenía que comprar en la pulpería la suma entera, aunque no necesitara invertirla toda. Si compraba á un extraño, y éste se presentaba á cambiar el vale en dinero, no había canje.

En la queja que los trabajadores formularon ante la subcomisión, expusieron que los vales les eran canjeados con un fuerte descuento, y si iban sucios y rotos no había canje. Agregaron que con el roce se les hacían pedazos en los bolsillos, y entonces no había lugar á reclamo: el vale estaba perdido.

La administración declaró que como el vale era una simple orden contra la pulpería, había que tomar esas precauciones en resguardo de los mismos trabajadores.

Aunque después consiguieron los trabajadores ver reemplazados los vales por fichas, no está de más que digamos que la Combinación Salitrera había tomado el acuerdo de no emitir vales, sino fichas solas. Aquella oficina, pues, lo mismo que la Eslavonia, se había separado de un acuerdo tomado por todos los salitreros.

La ficha al portador y cambiada á la par representa un paso hacia la libertad de comercio; el vale intransferible significa el monopolio antiguo, el abuso condenado por algunos espíritus rectos de entre los mismos salitreros; ia tiranía desenmascarada sobre el bolsillo de los trabajadores: he aquí por qué se tolera la ficha, y en cambio, el vale provoca resistencias invencibles.

Por cierto, la ficha no es un ideal. El ideal sería la circu-

lacion lisa y llana de la moneda legal. Pero a esto replican los salitreros que necesitarian fuertes sumas de dinero efectivo en la administracion, un stock permanente, lo cual seria un incentivo para los malos espíritus, una tentación para los amigos de lo ajeno.

Un obrero á quien hicimos estas observaciones, nos dijo que todo se arreglaria con hacer los pagos semanales y con aumentar la dotación de policias á fin de que las administraciones de las oficinas se hallaran siempre bien resguardadas.

«Por lo demás, agregó, estos temores son pueriles, porque nunca se ha intentado robar una pulperia, por ejemplo, á pesar de sus cuantiosas existencias; nunca ha atentado nadie contra la caja en los dias de cancelación de los alcances á los trabajadores y del salario de los empleados, á pesar de que no se ignora que se traen sumas considerables de dinero en moneda chilena y en libras esterlinas.

«Y ahí tienen á la Compañia Anglo Chilena del ferrocarril al Toco, que nunca ha tenido que lamentar ningún golpe de mano, á pesar de que periódicamente sube el contador con \$ 60,000 ó más para pagar á los empleados.»

En nuestro entender, la ficha no es un mal si se la considera como signo de pago, se la canjea á la par y se la resguarda debidamente.

Ha solido suceder que una oficina ha paralizado sus trabajos y en poder de los trabajadores ha quedado una gran cantidad de fichas que nadie ha canjeado; los trabajadores han sido pues defraudados.

En la salitrera «Chile» se quejaron los trabajadores de que á causa de una falsificación de fichas hecha por un individuo extraño, ellos tenian en su poder gran cantidad que no le cambiaba la oficina, á pesar de haber sido ella quien se las entregó.

La ficha no está pues resguardada, controlada, ni garantida, y el trabajador corre el riesgo de quedarse con esos signos

en su poder, que nada significan si fenece por un motivo ú otro la oficina que los emitiera.

La Combinación Salitrera podría garantir las fichas de las oficinas que en ella formen. De este modo, el trabajador estaría cierto de que aunque cierre la salitrera, su ficha es dinero seguro.

Realmente, con libertad de comercio, con canje á la par y con garantía suficiente, la ficha es á nuestro juicio perfectamente tolerable, porque es un medio expedito de facilitar las transacciones diarias, que suben siempre á buenos miles de pesos.

Y en resumen, la ficha con el canje á la par, como actualmente está establecido en casi todas las oficinas, mediante la activa campaña de los trabajadores, no es causa de dificultades entre éstos y sus patrones. La resistencia surge con el vale; con la ficha sin descuento, no hay protestas.

IV

COMO SE VIVE

La vida es dura y penosa en la rejión salitrera. Faltan las condiciones naturales y las condiciones sociales que en el centro y sur del país la hacen agradable, atractiva y feliz.

Es aquel un destierro. Se diría que la Providencia, al mismo tiempo que ha hecho tan ricas esas porciones del territorio, las ha hecho profundamente ingratas y tristes para demostrarnos que la riqueza no constituye la felicidad. Allí, en aquel terreno, con el oro no se compra la dicha. Es sólo en el centro donde se les ha ocurrido á los hombres que se puede vender la felicidad en pildoras muy caras, como si fuera remedio de botica.

Pero convengamos en que la vida es dura para todos, para los empleados de la oficina y para los trabajadores de las calicheras, para el pobre y para el rico. Si el uno tiene que

luchar con la dureza de la tierra y con la inclemencia del cielo, el otro devora en el silencio del escritorio las horas de las más amarga soledad, viendo como el inmortal Becquer:

Hoy como ayer, mañana como hoy
Y siempre igual;
Un cielo gris, un horizonte eterno,
Y andar, andar!

En ese destierro, pues, todos son víctimas de un mismo tirano: la Riqueza. De oro ó de acero, todos llevan allí el mismo yugo impuesto por la mano del Capital. Todos tiran del mismo carro, los trabajadores sudorosos y harapientos, los empleados correctos y elegantes. Y no podría decirse si sufre más la robusta mujer del pueblo que trabaja esforzadamente en el reducido espacio de las calaminas, á fin de incrementar el haber común, ó la aristocrática dama venida de las orillas del Rhin y del Támesis á sepultar su juventud y su belleza en las solitarias estepas de la pampa, sin modas, sin teatros, sin amistades, sin el tibio ambiente de la sociabilidad.

Se llaman «campamentos» las construcciones en que viven los trabajadores y sus familias. Son una serie de casitas con dos ó tres piezas, que se alinean en el espacio de una cuadra, doblándose las filas hasta completar el número de casitas necesarias. Suelen llegar á quinientas.

Entre las filas queda un espacio de terreno que sirve de avenida ó pasadizo común.

La primera y la segunda pieza sirven de dormitorio y comedor. La tercera, que está cerrada por gangochos, es la cocina, el lavadero, el sitio, en fin, de las labores domésticas.

Estas habitaciones son suministradas gratuitamente por la oficina durante todo el tiempo que dura el trabajo, y su

comodidad, sus condiciones hijiénicas dependen del espíritu de los patrones, de su aprecio por la salud y el bienestar, de su trabajadores.

En unas oficinas las habitaciones eran buenas; en otras, regulares; en otras, detestables.

De entre las primeras, permítasenos citar la oficina «Constancia», de don José Devéscovi, cuyo campamento puede servir de modelo á todas las demás oficinas.

Nunca se nos olvidará la impresión de alivio, de consuelo de agrado que experimentamos al entrar en la pertenencia nombrada. No parecía una salitrera sino un pueblecito en miniatura, con calles anchas y aseadas, en cuyas aceras alzábance las casitas de empleados y trabajadores, limpias confortables, risueñas.

Sus paredes no son de simple calamina, sino de adobes costosamente trabajados con costras de caliche y agua dulce. Así, á primera vista, gracias á la dureza y consolidación de la costra, parecían murallas de cal y ladrillos recubiertas con arena.

Corona la pequeña población una hermosa y elegante iglesia, costeadá por la misma oficina y cuyo interior nos dejó sorprendidos por lo artistico, lo bien tenido y lo bien dotado.

Para mantener el aseo, la administración ejerce una constante vijilancia en todas las habitaciones, y ha construido unos grandes fondos distantes del campamento á donde se llevan las basuras.

Digamos de paso que esta oficina se ha distinguido siempre por el espíritu de justicia para con los trabajadores, por sus iniciativas favorables. Allí han estado siempre los cachuchos cerrados, y aunque existe pulpería los precios están severamente controlados por la jerencia, á fin de evitar abusos.

Respecto del cambio de las fichas, se nos refirió la siguiente anécdota:

Hace tiempo se quejaban los trabajadores de que les canjeaban las fichas con descuento en la oficina.

Fuera de sí, el señor Devéscovi se dirigió á donde el cajero y le dijo:

—¿Qué significa esto? Una promesa mía, el nombre mio descontado? Sepa usted que mi ficha está mejor garantida que la misma moneda nacional. . . ¡Nada de descuentos!

Como se comprende, el señor Devéscovi es muy querido por sus trabajadores.

Del mismo modo, merecen el calificativo de buenos los campamentos que vimos en el Toco, pertenecientes á las oficinas Rica Aventura, Grutas y Empresa, del señor Enrique Sloman, distinguido caballero alemán que también se preocupa de la suerte de sus operarios.

Igualmente, en Taltal, visitamos la salitrera «Chile», recientemente instalada, en donde si bien habia quejas por cambio de fichas, estaban contentos con el campamento.

Aunque de calamina, estas habitaciones son altas, espaciaosas, bien aireadas y se cuida del aseo.

En cambio, un campamento que nos dió pena fué el de la oficina La Palma.

Era una verdadera barraca, sin más salida al camino que una puerta grande, á fin de que el sereno pudiera hacer mejor vijilancia de los que entraban y salían, y para evitar que se introdujeran mercaderías de afuera, según dijeron los obreros.

Dentro de ese radio cerrado habia trescientas ochenta familias, respirando un aire viciado, sin espacio para moverse libremente, y obligadas á arrojar las aguas sucias al pasillo común.

Las habitaciones eran bajas, estrechas, sucias, tan men-
guadas, que nos hicieron el efecto de celdas de presidio. Con-
fesamos que se nos oprimió el corazón, al ver en una de esas
piezas una madre con cuatro niños y próxima á tener otro
más.

Parece mentira, pero la verdad es que allí existe la lucha
por el aire y por el espacio. ¡Allí en la pampa, en donde so-
bran el aire y el espacio!

Por la angosta avenida pululaban los chiquillos jugando,
sucios y harapientos. Preguntamos por qué no los manda-
ban á la escuela. No había escuela, ni fiscal ni particular.
Y allí perdían su tiempo, malgastando tristemente la edad
del estudio, y el despertar de la intelijencia, no ménos de
cien rapazuelos. Dejamos constancia de que la administra-
ción de la oficina pidió á la sub-comisión con vivas instan-
cias la pronta creación de una escuela.

En casi todos los campamentos, los bolivianos están apar-
tados de los chilenos y peruanos. Forman en una calle apar-
te, ó toman la sección final del campamento.

Hay que advertir que son indijenas bajados de las altas
planicies.

Entendemos que esta separación es debida á la extremada
suciedad de los bolivianos. Son sencillamente asquerosos.
Nunca se ve en sus habitaciones ni una cama, ni un catre, ni
sillas, ni utensilios para comer. Duermen tendidos sobre el
santo suelo, en gangochos, y comen en cuclillas, á mano ó con
pedazos de cacharros.

El boliviano es melancólico, silencioso, sufrido. Se le ve
siempre mover las mandíbulas, como quien masca tabaco;
efectivamente está mascando la coca, yerba parecida á las
hojas del guindo.

La boliviana es aún más sucia que el hombre. Anda siem-

pre toda entrapajada, á pie pelado, desgrefñada, mugrienta hasta decir basta. Llama desde luego la atención por los colores chillones de sus vestidos, de los cuales lleva puestos cuatro ó cinco, sin que se los saque jamás. Sabido es que cuando un vestido está cayéndose sólo de viejo, la boliviana se echa otro encima, y santas pascuas.

A causa tal vez de esta suciedad y de su carácter retraído, los *paisanos* viven separados de chilenos y peruanos. Sólo se juntan todos en las fiestas patrias, como hablaremos más adelante.

No lejos de los campamentos están las casas de la administración, confortables, lujosas, llenas de frescura y de sombra, con grandes «halls» con techos de caña de Guayaquil, que mantienen una agradable temperatura.

Aquellas comodidades, tanto más costosas cuanto más apartada sea la rejión, sirve de compensación al forzado ostracismo de los empleados. No puede negarse, necesitan el piano, el billar, las revistas, los libros, para disipar la monotonía, la lobretez de aquella existencia.

El trabajador disipa su tedio en medio de placeres á veces ilícitos, y que Dios quiera se destierren de allí: el juego, la bebida, el amor más ó menos libre. El empleado vive constreñido á la más severa moralidad y los vicios pueden ser su perdición inmediata.

De aquí que cuando una visita, un particular llega á la administración, sea casi una fiesta, un motivo de alegría y provoque las más exquisitas atenciones. De aquí la acojida fastuosa hecha al Ministro y sub-comisiones, la cual no obstante, debemos declararlo con sinceridad, en nada desvió el espíritu independiente y justiciero de que todos los delegados iban animados.

En suma, como lo dijimos en la introducción de estos artículos, la rejión salitrera debe ser considerada como un si-

tio transitorio, como una zona ingrata en donde se va sólo á trabajar, para después *vivir* en más risueños horizontes, en un ambiente de fraternidad y amor.

V

CÓMO SE TRABAJA

Nada más irregular que la forma del trabajo en las salitre-ras, los salarios y la compulsación de las tareas. Es también éste un capítulo especial de las quejas de los obreros, y haría bien la Comisión Consultiva en estudiarlo detenidamente, á fin de arbitrar fórmulas que consulten los intereses de operarios y patronos, y evite las quejas de unos y otros.

La elaboración del salitre comienza y se desarrolla en la siguiente forma:

1.º El cateamiento del terreno y de la profundidad á que se encuentra el *caliche*, materia prima del salitre. Interviene en esta operación el *barretero*, que provisto de largas barretas va cavando los hoyos hasta dar con los mantos de nitrato y abre la *calichera* por medio de *tiros* con pólvora. Gana por pie de profundidad, constituyendo un jornal \$ 4 á 4.50 diarios.

2.º Abierta la calichera, entra el *particular*, que extrae las pellas de caliche y gana tanto por carretada, según la ley de éste y según los pies de profundidad á que lo extrae. Suele ganar hasta 5 pesos diarios.

3.º Las carretas cargadas son conducidas por los *cuarteadores* ó *carreteros* hasta los *chunchos* ó máquinas chancadoras de caliche. Estos tienen salario fijo, de \$ 4 á 4.50.

4.º Los *chancadores* recojen el caliche triturado para llevarlo á los cachuchos ó fondos de cocimiento. Después de 18, 20 ó 24 horas de hervor, por medio del *agua vieja* y de las cañerías de vapor de que hemos hablado, el caliche ha exprimido todo el salitre, el cual sale en torrentes líquidos y

va á las grandes tinajas de cristalización. El chancador gana también por tarea, y su jornal fluctúa entre \$ 4.50 y 5 diarios.

5.º Terminado el cocimiento del caliche, queda en el interior de los cachuchos el ripio, que es sacado por los *desripiadores* y llevado al campo de *desmontes* por los *cargadores*. Son los que ganan más: de 6 á 8 pesos diarios; pero hay que convenir en que hacen también el trabajo más penoso de la elaboración. Baste saber que la temperatura interna de los cachuchos, después de los cocimientos, pasa de 50 grados, sólo comparable á la de las calderas de los buques. Toda remuneración es pues, para estos infelices, que necesitan una contextura especial, muy poca.

6.º Agotada una *calichera*, se explotan las capas superficiales, las costras, y por esto se forma una *costrera*. La costra tiene mucho menos ley de salitre y como su extracción es más fácil, la carretada es pagada también á mucho menor precio que el caliche.

7.º Cristalizado el salitre al cabo de seis ú ocho días, es ensacado en sacos especiales y llevado por ferrocarril á los puertos de embarque. Ya en estas operaciones intervienen los gremios marítimos.

Limitémonos al trabajo en la salitrera y tomemos nota de las deficiencias que nos exponen los obreros.

En primer lugar, el *particular* ó contratista empieza á trabajar sin ganar un centavo. Se le entrega una *calichera*; pero en *tronarla* cuando es muy profunda, en dar con el caliche requerido y cuya ley le ha sido señalada, en partir las grandes pellas y en hacer acopios, suelen pasar seis, ocho, diez, hasta quince días.

En este tiempo, el particular ha trabajado, pero no ha ganado un solo centavo. Lejos de eso, se ha endeudado, porque la oficina le ha hecho anticipos para su manutención.

Esa deuda tiene que descontarla; y así suele suceder que al fin del mes ó de la quincena, en vez de *alcance* tiene *saldo*, ó sea deuda con la pulperia y por ende con la oficina.

Muchos no alcanzan á redimirse; no pocos quedan endeudados para las calicheras subsiguientes; y sólo contados son los que logran sacar alguna utilidad.

Otra irregularidad.

Dicen los obreros que cuando el particular ha hecho grandes acopios, y está cargando después de algunos días de trabajo sin fruto, el *corrector*, ó sea una especie de mayordomo ó revisador pagado por la oficina, le notifica de repente que las carretadas sucesivas le serán pagadas á menos precio. Si se las pagaban al principio á \$ 4.80, por ejemplo, las bajan de golpe á 4, á 3 pesos.

Da como razón que ese caliche no ha sido extraído de la misma profundidad que el anterior, ó que no tiene la misma ley, etc.

Una tercera irregularidad,

Se quejan los obreros de que muchas veces la carretada de caliche, al llegar á los *chanchos* (chancadoras) es calificada como de costra, y entonces no se le abona un solo centavo; es trabajo perdido. Pocos días después esa costra entra á los cachuchos, y la oficina comete así á ojos vistos un fraude liso y llano con el particular.

Hé aquí en concreto los reclamos de los obreros en este asunto.

Contestando, dicen los patrones, en el primer punto, que

al entregarle al particular una calichera se produce un contrato implícito entre éste y la oficina. Se le paga tanto por la carretada de caliche, se le suministra la pólvora y la guía para tronarla y se le facilitan las herramientas necesarias.

El trabajador acepta, á sabiendas de que al principio no ganará nada; pero después recuperará el tiempo perdido con los acopios que haga una vez llegado á los mantos salitrosos.

Respecto de la segunda irregularidad, dicen los salitreros que se le da aviso al trabajador cuando le van á cambiar el precio.

Porque no se puede —agregan— pagar lo mismo un caliche de 48% situado á quince pies, que uno de 30, situado á diez pies.

En el contrato tácito queda comprendida esta regla establecida por la costumbre: el precio no se altera mientras subsista la condición de la extracción. Si ésta varia, hay que variar también el precio.

Y agregan todavía que estas alteraciones son recíprocas y benefician también al particular. Así, si la extracción está á diez pies y el manto va profundizando, aquél reclama el aumento proporcional, que le es concedido sin dificultades.

Contestando la tercera queja, la de no pagar las carretadas que la oficina califica de costra, dicen los salitreros que es un castigo arbitrado para poner coto á los fraudes de los trabajadores.

Se contrata la carretada de caliche á tres pesos por ejemplo. La de costra se paga á un peso ú ochenta centavos. Pues bien, el particular llena el fondo de la carreta de costras y de colmo pone caliche. Llegada á los chanchos, la

vacían directamente como caliche y como tal se le abona al particular.

Pero sucede que el corrector pilla el fraude. El descubrimiento hace nacer la sospecha de que ya muchas carretas habrán pasado en las mismas condiciones. ¿Quién resarce á la oficina del dinero perdido, del pago de carreteros y de los atrasos que puede sufrir la elaboración de su cuota, lo cual le irrogaría perjuicios incalculables?

—Vaya lo uno por lo otro, dicen, y sobre todo, para que no nos atrasen la elaboración mandándonos costra que apenas tiene salitre, en vez del caliche que está estipulado por el cual pagamos.

Séanos permitido disentir del modo de pensar de los señores salitreros. Nosotros vemos las cosas con otro criterio, y desearíamos que la Comisión nos acompañara en el modo de pensar.

No puede negarse que el particular entra á trabajar los intereses de la oficina. Y desde el momento en que el hombre trabaja para otro, tiene derecho á que éste por lo menos lo alimente.

No es justo, no es equitativo que sólo el obrero vaya corriendo todas las contingencias: la profundidad de la tierra, la ley del caliche, etc. Al contrario, la oficina debe ayudar al éxito de un trabajo que desde el principio al fin es para ella.

Tal como pasan las cosas, la oficina se está á las maduras y el trabajador á las duras. La oficina gana en todo caso, en todo momento; el trabajador empieza á perder junto con comenzar á trabajar, porque empieza á endeudarse. Se ve que están invertidos los principios de la equidad, de la justicia y aún de la economía política, según los cuales todo hombre que trabaja tiene derecho á comer.

Pediríamos pues la manutención de los particulares sin gravamen para ellos, mientras conste positivamente que trabajan. Pecuniariamente, no significaría esto un gran desembolso para las pulperías, no sería nunca factor de pérdida para esos opulentos negocios.

En los otros casos, si existieran fraudes de parte de los obreros, naturalmente tendríamos que pedirle á éstos que dejaran de cometerlos, para poder exigir de los patrones medidas de justicia.

A bien que no vemos claro como es posible que los obreros cometan fraudes cuando los patrones tienen en los correctores á unos *Argos* de cien ojos, cuyo oficio es ver que las cosas se hagan en regla, y los cuales, al decir de los trabajadores, pecan por exceso de celo y han solido señalarse por verdaderas arbitrariedades.

Además, en estos casos, la oficina no puede ser buen juez, por que es parte interesada. Y sin embargo, ella sola determina que la costra no se pague y que luego vaya al cachucho. No podemos negar que, *prima facie*, la cosa tiene los caracteres de lo arbitrario.

Lo mejor sería proceder con estricta justicia: pagar como caliche lo que es caliche y como costra lo que es costra, y no considerar como fraude lo que puede ser confusión natural, obra de la buena fe, de la falta de práctica del particular para distinguir un buen caliche de una mala costra.

En todo caso, parece que aquí cabe una intervención prudente de la ley, para que ni se defrauden los salitreros ni se defrauden los trabajadores, y se remedien las irregularidades que por una y otra parte se han denunciado.

VI

EL AHORRO

Uno de los capítulos más interesantes que deberá conocer la Comisión Consultiva, ya no como remedio de quejas sino como creación benéfica, es el del ahorro para los obreros de las salitreras.

Aquí se pueden ejercitar ampliamente las ideas protectoras, sin que provoquen resistencia de los salitreros, sino al contrario el más amplio y jeneroso concurso.

En este terreno el campo está abierto, listo para que se siembren jenerosas concepciones, se desarrollen y después produzcan abundantes frutos de bienestar y prosperidad nacional.



Ante todo, digamos que el ahorro actualmente allá es punto menos que imposible; y de consiguiente, cuando nos preguntamos ¿por qué no ahorran esos trabajadores?, manifestando que la culpa está en ellos, desconocemos los hechos, la realidad de la situación.

Varias razones demostrarán la verdad de este aserto.

En primer lugar, dado caso que se estimen subidos unos salarios que fluctúan entre 100 y 130 pesos mensuales, ya hemos visto que son ilusorios por la carestía de la vida y por los precios de la pulpería que la encarecen aún más.

Allí todo cuesta un ojo de la cara, todo se compra, todo se paga, desde el agua potable, á 20 centavos la arroba, hasta la salud normal, por la cual se paga un peso mensual al médico.

Una familia compuesta de marido, mujer y tres ó cuatro niños, como son jeneralmente los prolificos hogares obreros, no tiene absolutamente margen para el ahorro. Se invierte

en la subsistencia todo el jornal, por muy alto que sea: va lo comido por lo servido.

Tanto es así, que la aspiración de toda familia es que los hijos crezcan para ponerlos á trabajar. Y de hecho, llegados á los doce años, los niños empiezan á trabajar en el acarreo de herramientas desde la herrería á las calieheras ó de éstas á la herrería, en llevar el agua á domicilio y en otros menesteres livianos.

La mujer ayuda también considerablemente á su marido, cosiendo, lavando, sirviendo comida para pensionistas, etc.

Es aquella una esforzada lucha por la existencia, que no deja margen para las economías. No decimos que no haya uno que otro hogar en donde se hagan las salvadoras acumulaciones para el porvenir; pero debemos considerarlos como casos excepcionales, extraordinarios y dignos de especiales recompensas.

En cambio, en los trabajadores solteros ó sin más familia que su mujer, nada sería más hacedero que el ahorro, si no se levantaran como dos graves obstáculos la falta de facilidades y la sobra de tentaciones.

Es increíble lo que le cuesta á un trabajador movilizar su dinero, mandar jiros al sur, á Santiago, etc. Tiene que valerse de la oficina, quien debe pedir letras de cambio á los Bancos cercanos, en todo lo cual transcurren días y se pasan molestias que no son propicias para fomentar el ahorro.

Solamente este año se ha pensado en implantar la Caja de Ahorros en Iquique, que sin duda dará buenos resultados si se desarrollan sus servicios con inteligencia, tomando en cuenta la zona y el jénero de clientela á que especialmente está destinada.

Podríamos, pues, decir que lejos de buscar el ahorro al trabajador, se ha alejado de él, se ha rodeado de tales difi-

cultades materiales, que aquél, aún pudiendo, no ha sentido estímulo por ahorrar.

Conjuntamente con estas dificultades materiales, obran contra el ahorro las mil tentaciones que se ofrecen para derrochar el dinero. De entre ellas, se destaca la primera, avasalladora y terrible, el alcohol, que aquí como en todas partes labra la ruina pecuniaria y moral de sus adeptos.

Le sigue de cerca el juego.

Es imposible formarse idea de cómo se bebe en la pampa. No queremos entrar en divagaciones fisiológicas sobre la necesidad de estimular el organismo en aquellas rejiones secas, con aquel trabajo esforzado y aniquilador. En todo caso, la conveniencia y el provecho estarán en el uso moderado y discreto de las bebidas, de ningún modo en el abuso, en el exceso.

Fuera de beberse mucho, se bebe muy caro. De una parte, en las pulperías y cantinas se venden sólo licores finos; de otra, el trabajador pampino es increíblemente rumboso. Se refieren casos de ir á la pulperia y pedir una botella de champaña para vaciarla toda entera en una copa. Como va á media mona, es inútil decirle que es aquella una tontería, y hay que darle en el gusto. El champaña se derrama, corre por el mostrador, y el hombre se bebe muy orondo los vestijos quedados en la copa.

Para que se vea hasta dónde llega en esta idea, vamos á reproducir el siguiente breve y sugestivo diálogo sostenido por nosotros con un «particular» que se habia ido de la pampa y volvió al cabo de cierto tiempo:

—¿De dónde es usted? le dijimos.

—Del sur, de Petorca.

—¿Por qué se volvió acá?

—No podía, señor, acostumbrarme por allá con aquellas leseras de *dos centavos... tres centavos... un cinco...* Me gusta ver correr la plata!

Se vuelven, pues, unos manirroto incorrejibles.

El juego es otro triste capítulo de derroche. Y sensible nos es tener que decir, que este vicio es tolerado á sabiendas por algunas oficinas, porque dicen que los trabajadores necesitan esa distracción.

Si no juegan con el consentimiento de la oficina, jugarán á escondidas, y en tal caso jugarán más.

Hasta se nos apuntó el gravísimo detalle, que consignamos con fuertes reservas, de que había oficinas que percibían ciertos derechos por la tolerancia de esta perniciosa costumbre.

Debemos consignar las excepciones. Aquí y allá solíamos ver hermosos casos de ahorro: tal mandaba á su mamita sus cuarenta pesos todos los meses; tal otro estaba juntando para comprar terrenitos en el sur; éste pensaba ya en ahorrar; aquél había logrado juntar para comprarle á su mujer una máquina de coser, Singer, de pie.

Un miembro de la Comisión observó que los venidos desde el sur, especialmente de Chiloé, los hijos de pequeños propietarios rurales, se distinguían por su marcada tendencia al ahorro, con la mira de ser á su vez pequeños propietarios en el mismo terruño que los viera nacer.

Pero estas son excepciones, casos aislados, singulares, que no deben consolarnos porque la masa restante que no ahorra es enorme.

Tenemos en suma que el ahorro es dificultado en las salitreras por estos tres factores:

La carestía de la vida y lo ilusorio de los jornales, gracias á la pulpería;

Las tentaciones que rodean al trabajador:

Las dificultades materiales.

El primer punto lo resolvería el comercio libre, que por medio de la competencia abarataría, sin duda alguna, los artículos de consumo.

El segundo y el tercero lo resolverá sólo la acción del Estado.

Plácenos declarar que un miembro de la Comisión Consultiva tiene en orden al ahorro el siguiente plan, que calificamos de feliz, de magnífico y de resultados eficacísimos.

«En la rejión del salitre entran tres factores de explotación: el salitrero, el Estado y el trabajador.

«El salitrero gana, porque la industria le deja buenas utilidades como retribución de sus capitales.

El Estado gana, porque á título de poseedor de esos terrenos, saca anualmente más de la mitad de las rentas fiscales, sin esfuerzo alguno.

«El trabajador, que gasta su esfuerzo físico, su sudor y sus energías, por una ú otra causa, no saca nada, sino una prematura muerte.

«Urje proteger al trabajador.

«Para esto se multiplican las oficinas de ahorro en forma que éste salga al encuentro del trabajador.

Se concede á sus depósitos un interes enorme, excepcional, de un 10 ó un 12 por ciento, en forma que el trabajador se sienta halagado por la conveniencia.

«Y finalmente, como corolario:

«Al trabajador que compruebe cinco años de trabajo en las calicheras y buena conducta, se le regalan algunas hectáreas de terreno en el sur.

«Al trabajador que compruebe dos años de trabajo en los cachuchos, se le darán las mismas hectáreas de terreno.

«El ahorro puede ponerse como condición para optar á estas concesiones.»

Hé aqui el esqueleto del plan:

Al tomar nota de él con verdadera satisfacción y al hacer votos porque se abra camino, nos parece de justicia obser-

var al pueblo cuán injustos y apasionados han sido los ataques que se han dirigido al Ministro y á los miembros de la Comisión, afirmándose que habían ido á perder el tiempo, ó á divertirse en una jira presidencial.

Por el anterior esbozo verá el pueblo que esto no es cierto; que al contrario se ha trabajado bien y hay en la Comisión el noble deseo de servir los intereses de los trabajadores del norte en la mejor forma posible.

VII

DIVERSIONES Y FIESTAS

Fácil es comprender la enorme importancia que tienen las diversiones en aquella rejión ingrata, que abate las fuerzas físicas y aniquila el ánimo. Los entretenimientos son allí una necesidad fisiológica imprescriptible, cuya satisfacción amplia y pronta debe figurar al lado de los remedios para otras deficiencias igualmente graves, como las que hemos apuntado en el curso de estos artículos.

Las diversiones bien encaminadas pueden tener allí el doble y benéfico objeto de confortar los espíritus abatidos, de reanimar las cansadas fibras del cerebro y el corazón, y de apartar á los trabajadores de los demás funestos vicios que los subyugan: el alcoholismo y el juego.

En ninguna parte como allí son tan necesarios los entretenimientos, las diversiones, los espectáculos, sea que hablen á la intelijencia, sea que impresionen los nervios, pero que en todo caso distraigan agradablemente el ánimo.

Desgraciadamente, salvo las iniciativas de algunos grupos de trabajadores, secundadas y aún inspiradas por los salitreros, en gran parte de la pampa, las cosas están por hacer en tan interesante materia, que recomiendan hoy higienistas, filósofos, estadistas y sociólogos.

«Fiestas» propiamente tales, hay tres veces en la pampa, en la rejión de Tarapacá, y corresponden á los tres aniversarios de las naciones cuyos hijos trabajan en las salitreras.

O sea:

El 18 de septiembre, aniversario de Chile;

El 28 de julio, aniversario del Perú;

El 6 de agosto, aniversario de Bolivia.

Distinguimos la rejión, porque en las salitreras del sur no hay más que trabajadores chilenos, y de consiguiente no celebran las fiestas de las otras naciones,

Suelen también producirse de cuando en cuando ciertos hechos en algunas oficinas que determinan verdaderas fiestas: tal pasa, por ejemplo, cuando regresa de Europa algún patrón querido; cuando se inaugura algún servicio ó algún edificio para utilidad de los trabajadores, y en algunas partes cuando se inaugura la temporada de elaboración.

Pero estas son fiestas accidentales; las obligadas, las consagradas, las fijas, son las fiestas patrias.

Cada fiesta es, por desgracia, una colosal borrachera. Se paraliza el trabajo, cesan de funcionar las máquinas, todo movimiento se detiene, y peruanos, bolivianos y chilenos se entregan á la «celebración», haciendo del aniversario un suceso común.

Las cantinas y fondas que hay en cada oficina y que habitualmente se ocupan en suministrar comida á pensionistas, se transforman en sitios de desenfrenada diversión; y como si esto fuera poco, acuden de los pueblos vecinos verdaderos empresarios de orjias que levantan sus carpas no lejos de las antes silenciosas viviendas.

Durante dos, tres y á veces cuatro días, resuenan las solitarias estepas de la pampa con los gritos y los cantos de la bacanal... y á veces con extrañas y terribles detonaciones:

son proezas de algún chileno ebrio, que enciende en la mano la guía y la dinamita que le sirve para tronar, sin que se inmute su semblante ante el destrozo producido por la explosión.

Los que acá en el centro y el sur del país hemos visto y lamentado los excesos á que se entrega nuestro pueblo, cuando ha llegado á la pérdida de sus facultades por causa de la bebida, podemos formarnos una idea de las repugnantes escenas que son allá obligado cortejo de estas orjías.

Como cosa curiosa, merece referirse la forma en que el trabajador chileno demuestra en estos casos su patriotismo, su amor á la patria y á la bandera que la simboliza.

Se nos contaba en una oficina que en el cantón salitrero á que ella pertenece, en cualquiera de las tres fechas mencionadas, los campamentos y demás sitios son profusamente embanderados con banderas bolivianas, peruanas y chilenas.

Pero ¡cuidado! la bandera chilena debe estar siempre más alta que las otras. . . El roto no permite que la *porotera*— como llama cariñosamente al sagrado pendón—esté siquiera al mismo nivel de las otras dos. ¡Más alta, siempre más alta!

Por pulgadas de más ó de menos en este particular, ha solido haber riñas sangrientas, y esta fiesta de fraterna! patriotismo se ha convertido en campo de Agramante,

El orgullo del chileno pica en esto tan alto, que una vez, viendo un trabajador en la casa de la administración que una bandera extendía sus pliegues sobre las sudamericanas, no se pudo contener, y dirijiéndose al administrador mismo, lo interpeló en la siguiente forma:

—Eyés! ¿Y por qué está esa bandera más alta que la *porotera*?

—Porque es la inglesa, pues, hombre. . .

—Ah, dijo el chileno recapacitando: por ser inglesa la consentiremos ahí! . . .

En estas borracheras conmemorativas y comunes, manifiéstanse también los signos de la raza, la peculiaridad de cada pueblo.

Al peruano «le da» por ser caballero, parlanchin, ceremonioso y fino, sin dejar de ser valiente y sin dejar de cometer torpezas lamentables.

Al boliviano le da por cantar en un idioma extraño, dulce y monótono (el aimará?), interminables canciones, que se- mejan arrullos de palomas por la igual modulación de la voz.

Al chileno le da al principio por ser extremadamente cariñoso, luego por cobrar sentimientos y al fin por cruzarse á bofetadas con medio mundo, desenvainando el puñal si á mano viene.

Después de cada «fiesta» de éstas tiene lugar una recojida de heridos, de contusos, aún de muertos.

Y todos vuelven después á sus labores: se encienden los calderos, se llenan los cachuchos, muelen las chancadoras, truenan las calicheras, y recobra la pampa su aspecto normal de ruda actividad y de esforzado trabajo... hasta que llega la conmemoración de otro aniversario patrio.

Afortunadamente otro jénero de distracciones más cultas y sanas están disminuyendo las terroríficas proporciones de estas fiestas. Nos referimos á los juegos de foot-ball y especialmente á las filarmónicas, que están difundiéndose prodijiosamente.

Casi no va quedando oficina que no tenga ya un salón filarmónico destinado á los obreros, y del mismo modo las canchas de foot-ball se ven en consoladora abundancia.

Apuntamos todavía que hay oficinas, como Agua Santa, en que se ha formado un magnífico orfeón de 20 ó más músicos, á cuyo sostenimiento contribuyen los trabajadores y las salitreras. Lo curioso es que los músicos, que uniforma-

dos y en funciones desafiarían á una banda militar, son obreros de entre ellos mismos.

A la caída de la tarde, después de las rudas faenas diarias, da gusto ver grupos de trabajadores jugando animadas partidas de foot-ball, en las cuales suelen intervenir empleados de la oficina alternando fraternalmente con los trabajadores. ¡Santa costumbre, que no nos cansaremos de encomiar!

Excepcional importancia atribuimos también á las filarmónicas, porque vemos que ellas pueden llegar á reducir las fiestas patrias á límites correctos y de puro divertimento, suprimiendo los excesos y las consecuencias lamentables.

Con el tiempo, con el desarrollo de la cultura y con alguna campaña salvadora, estamos ciertos de que pasará allá lo que se está realizando con los obreros de Santiago.

Entre nosotros, casi cada gremio tiene su salón filarmónico. Las fiestas se celebran en su recinto, y gracias á reglamentos severamente concebidos y estrictamente aplicados, esas reuniones resultan tan amenas como correctas, tan expansivas como finas, proporcionando así grato solaz á los que en ellas toman parte.

En las salitreras puede pasar lo mismo y entonces los salones filarmónicos, serios y cultos, recogerían las expansiones de los obreros, reduciendo sus alegrías á esos límites en que el hombre se divierte sin remordimientos, sin desgracias y sin ruinas para el bolsillo.

Vaya en estas líneas un cariñoso estímulo en tal sentido á los trabajadores de las salitreras; y vaya una recomendación á las sociedades obreras de Santiago, para que envíen á sus hermanos de las pampas reglamentos é instrucciones sobre la organización de sus filarmónicas, á fin de que allá se implanten las mismas reglas que aquí han dado tan excelentes resultados, al atenernos á fidedignas informaciones.

No resistimos al deseo de rematar este artículo refiriendo nuestra visita á la filarmónica de una oficina salitrera, «Rosario de Huara», que someramente insinuamos en correspondencia escrita á bordo del *O'Higgins*.

Después de la comida, nos pusimos á charlar con dos jóvenes empleados sobre la situación de los trabajadores y la vida que llevaban.

—Aquí tienen su salón filarmónico— nos dijo uno— y á estas horas deben estar en clase...

—¿Podríamos ir á allá?

—Con mucho gusto. Nosotros somos muy amigos de los trabajadores.

Llegamos. Era un salón cuadrado, bastante espacioso, con paredes de calamina, pero con piso entablado. Por supuesto, la oficina lo había regalado.

Llamado el presidente é impuesto de quienes éramos nosotros, nos hizo entrar atentamente, y á una insinuación nuestra, ordenó que prosiguiera la clase.

Bailaban hombres con hombres.

Según se nos dijo, los domingos había tertulia y entonces se bailaba con las señoras. En los días de clase, como eran simples lecciones, no había elemento femenino.

No había bebidas alcohólicas.

Sobre bancos adosados á la calamina, se sentaban veinte ó más obreros. En un extremo había un piano cubierto con su funda, y al lado un obrero que tocaba el acordeón.

Todos estaban muy aseados, con ropa limpia, corbata, etc. y guardaban tal compostura como si se hubieran hallado en presencia de arremilgadas damas.

Aquella sencillez, aquella corrección, aquella alegría tranquila y buena, nos tentaron y quisimos también echar nuestro cuarto á espadas.

Solicitamos bailar unas cuadrillas.

El presidente indicó á un obrero para «compañera»; nuestros jóvenes amigos se pusieron también en facha, y todos

poseidos de la seriedad más profunda, procedimos al baile á los sones vigorosos del acordeón.

Mi «compañera» era extremadamente ceremoniosa, y de tan fuertes músculos, que en vez de llevarla yo, me llevaba «ella» como una pluma.

En las cuadrillas del norte hay unas cuantas figuras distintas de las nuestras. Una de ellas es una endemoniada cadena, que orijinó una lijera discusión en que tomaron parte mis acompañantes, el presidente, el acordeonista, un inglés de la oficina y mi «compañera».

Puestos de acuerdo, se terminó la cuadrilla y seguimos con un valse, bailando con un compás y un donaire sorprendentes, increíbles, para dar orgullo.

Siempre recordaremos como momentos en extremos agradables los que pasamos con aquellos trabajadores, y declaramos sin vacilar que nuestra «compañera» de baile era de muy buenos bigotes.

¡Vaya si lo era!

VIII

LA RELIJIÓN

La anécdota referida irónicamente por el colega radical sobre la respuesta que un obrero de la pampa diera á uno de los miembros de la Comisión, es cierta, por desgracia, y en nosotros que la oímos no produjo sino una desconsoladora impresión.

Después de oír las quejas contra la pulperia, de hacerles amistosas y bien intencionadas reflexiones, el miembro de la Comisión preguntó á un grupo de trabajadores:

—Y de relijión ¿cómo andan ustedes?

Uno de los obreros lo miró de cierta manera y le contestó:

—No hablemos de eso mejor, señor!

El colega radical se regocija ante tal respuesta. Sin embargo, la historia nos enseña que cuando el pueblo se lanza por el camino de sus reivindicaciones, arraza también con los que lo han empujado á la violencia y se han pretendido redentores de su conciencia como apóstoles del libre pensamiento.

Aquella respuesta parece indicar el ateismo más completo. Y luego, cuando se penetra en los campamentos y se advierte la absoluta ausencia de los detalles é indicios que demuestran al creyente; cuando tomando lenguas se sabe que sus costumbres y su vida misma se apartan de las prescripciones de la moral, el ánimo se siente casi convencido de que no hay huellas del sentimiento relijioso en aquellas almas, de que las ideas espirituales han huido ó muerto en aquellos cerebros.

Sin embargo, nuestra impresión es que se trata solamente de una indiferencia relijiosa, del abandono de las prácticas y de la despreocupación de los principios dogmáticos. Pero queda allá en lo hondo de la conciencia, como perfume en el fondo del vaso, vago é indefinible, pero efectivo y latente el sentimiento relijioso.

Tres razones nos autorizan para sentar esta consoladora impresión.

Como nadie ignora, gran parte de los peregrinos que anualmente celebran á la Virgen de Andacollo en la Serena, son trabajadores de las salitreras.

En seguida, en el mismo hogar, cuyo jefe varón suele hacer alarde de descreimiento, la mujer, por lo jeneral, es creyente.

Finalmente, no hay excursión sacerdotal por esos mundos que no dé resultados felices: traducidos en gran número de bautizos y matrimonios.

A una pobre mujer le preguntamos nosotros si era católica. Su respuesta fué afirmativa, agregándonos que era devota de la Virgen del Cármen.

— ¿Y por qué, le dijimos, no tiene usted su imájen aquí?

— Vea, señor, nos contestó, la tengo guardada en una caja, porque si me la ven los otros, se burlarian de mí y de mi marido.

Y el doctor Quintana, médico de tres ó cuatro oficinas y director del hospital de Agua Santa, nos refería lo siguiente:

«Para mí todos en el fondo tienen arraigada la idea religiosa.

He visto morir á muchos y casi todos en el último trance, tan pruebas de arrepentimiento y de fervor religioso!

Yo mismo, cuando el caso es fatal, cuando el hombre se despacha, he hecho hasta cierto punto de sacerdote, exhortándolos á bien morir y recojiendo sus últimos suspiros.

El trabajador no es incrédulo; es simplemente despreocupado, indiferente».

Podríamos agregar á todo esto el respeto humano como factor de despreocupación religiosa.

En esa indiferencia, nos parece que concurren dos elementos: la escasez de acción religiosa y la propaganda de las doctrinas libre-pensadoras.

El clero es escaso, escasisimo. Tal vez por la misma crudeza del terreno, por lo penoso de la vida, no abundan por allá los sacerdotes. Las parroquias son escasisimas, y comprenden á veces dos ó tres cantones salitreros. Sólo una que otra oficina tiene iglesia propia; y algunas sin capellán, como pasa con la de Rica Aventura, en el Toco, que sólo de tarde en tarde puede prestar á las almas sus servicios y sus consuelos, permaneciendo cerrada gran parte del tiempo por falta de sacerdote.

En Constancia hay sacerdote, el cual debe atender además la parroquia de Huara con todas las oficinas que comprende.

Si se piensa en que cada oficina, cada campamento tiene labor de sobra y permanente para un sacerdote, hay que convenir en que la escasez de clero es inverosímil, increíble.

De cuando en cuando, es cierto, suelen ir de Santiago misioneros y padres que ayudan considerablemente á sus hermanos de ministerio. El nombre del padre Soler, por ejemplo, es muy conocido en aquellas rejiones, porque muchas veces ha resonado en ellas la fervorosa palabra del celoso apóstol de los presidarios; muchos corazones desgraciados, áridos y secos como la costra de la pampa, han sido conmovidos por los acentos del evanjélico padre.

Pero siempre «la mies es mucha y los segadores pocos».

Consecuencia de la falta de personal, es la falta de acción y de ésta el abandono, la indiferencia, la frialdad en las creencias.

Si á esto agregamos las ideas que siembran los diarios y periódicos que los trabajadores leen, algunos francamente enemigos de la relijion, otros enemigos encubiertos, muy pocos con ella respetuosos y deferentes; y si agregamos todavía ese mismo descontento, esa animadversión latente en que hasta aquí se ha desarrollado la vida del trabajador, y que ha provocado estas iniciativas oficiales, convendremos en que no han sido posibles la jermiación de la idea relijiosa, su desarrollo y su plenitud serena y consoladora.

Urje, pues, acudir á llenar estas deficiencias. ¿Cómo? No es de nuestro resorte indicar medios ni sugerir procedimientos acerca de negocios cuya resolución pende de respetable instituciones.

Pero no está de más que, consignando por ejemplo nuestro pensamiento y usando de una franqueza que declaramos bien inspirada, digamos que aquí para ser fecunda la acción relijiosa debe ser eminentemente práctica.

En ninguna parte como aquí se requiere que el sacerdote sea el amigo de los trabajadores, su consejero, su abogado, el amparador de sus derechos, el defensor de sus intereses.

Necesita ganarse el corazón de los trabajadores, con obras y con actos que que los convenza de que, á semejanza del Divino Maestro, el sacerdote es el servidor de los pobres, de los humildes, de los infelices.

Un cura á lo Miguel León Prado, pastor y padre, de espíritu justiciero, de actividad é iniciativa, consejero y amigo, el mejor y el más abnegado servidor de los desheredado de la fortuna: tal es el tipo del sacerdote que allá se necesita. Y perdonemos la alusión el virtuoso cura de San Miguel Arcángel.

Sin estas condiciones todo sacerdote fracasará, toda acción resultará nula, y la distancia, la indiferencia serán cada día mayores.

Con las anteriores líneas no queremos inferir agravio á los dignos sacerdotes que sirven aquellas lejanas parroquias. Todos ellos son celosos, ilustrados, de vida irreprochable. Pero no pueden desarrollar grandes iniciativas por la extensión del trabajo y tienen que limitar su obra apostólica.

Lo primero es la dotación abundante; lo segundo la buena elección de los apóstoles, porque cabalmente se trata de un bello, de un salvador apostolado.

IX

INSTRUCCIÓN Y CULTURA

Aunque nos sea doloroso, no podemos ménos de declarar aquí que la masa jeneral de trabajadores en las salitreras carece de instrucción, de la cultura que tan desarrollada está entre los obreros del centro del país.

Hay es cierto individuos aislados que hablan y discurren admirablemente; nunca olvidaremos que en un campamento

encontramos un hogar tipo, cuyo jefe leía á Flammarión y estaba suscrito á varios diarios de Santiago y de Iquique; pero la inmensa mayoría apenas si tienes instrucción rudimentaria, ó carece en absoluto de ella.

De ahí que sus ideas sobre reivindicaciones sociales sean confusas, derivaciones de la sujestión ajena, meras impresiones, y no frutos de razonamientos científicos y de terias más ó menos ilusorias pero eruditas, como pasa en las rejiones del centro, con la falanje de discípulos de Tolstoy, Kropotkine, Reclus y Sebastián Faure.

Las condiciones de la vida no permiten allá la concepción altruista de la sociedad, como sueñan algunos lectores de la bibliografía socialista. Allí donde la lucha con uno de los elementos, con la tierra, es formidable, es tremenda, no puede concebirse la vida sin lucha, basada sólo en el Amor universal, viviendo todos para la comunidad, sin vicios, sin pasiones, sin intereses, como sueña el viejo visionario de la «Aurora Social», León Tolstoy.

El objetivo es allí el dinero ¡mucho dinero! y por él se lucha, y por él se sufre. De consiguiente, el reparto social no significaría allí la igualdad de las condiciones para una igualdad del bienestar, sino el despojo violento y egoísta de los demás para la satisfacción individual. Peligroso, peligrosísimo sería pues lanzar á las masas por este arriesgadísimo camino. El terreno se presta aquí para las comparaciones: suponer una irrupción popular en estas rejiones, es como suponer el desbocamiento de un tren en el Toco ó el desprendimiento de los carros en los Planos Inclinados: la destrucción sería completa.

Por dicha, si estas ideas se han sembrado, no han jermiado, ni quiera Dios que jermien jamás.

Por supuesto, uno de los medios de evitar su desarrollo, consiste en amparar al obrero, en rodearlo del posible bienestar, en aliviar las penurias del desierto, en elevar su es-

piritu y en atender oportuna y benévola mente sus justas reclamaciones.

Circulan en la pampa los diarios serios de Iquique y algunos de Santiago. De entre ellos, en mayor número los diarios radicales. Siguen los periódicos populares que, por desgracia, no siempre nutren sus artículos con ideas de orden y concepciones pacíficas. Así por ejemplo, *El Trabajo* de Tocopilla usa un lenguaje de fuego y vapulea á las autoridades que da miedo. Del mismo modo, predica sin rebozo contra las instituciones, el militarismo, las creencias, etc. Debemos advertir que la situación de la autoridad y los obreros en este puerto, es también de una tirantez lamentable. Es posible pues que la exacerbación del órgano de los trabajadores, sea hija de esta situación excepcional y que convendría cesara cuanto antes.

En el próximo artículo, que pensamos dedicar á las Mancomunales de Obreros, ahondaremos un poco sobre las causas de estas rescisiones.

En cambio, en Iquique, el órgano de la Mancomunal, que se titula también *El Trabajo*, se distingue por el fondo razonado y doctrinal de sus artículos editoriales. Sin negar que de cuando en cuando inserte colaboraciones de subido color socialista, en la redacción de fondo se advierte un espíritu de análisis elevado é inteligente. Para atacar alguna medida oficial, discute, no insulta.

Al lado de este periódico, que puede calificarse de órgano oficial de los obreros, circulan *El Defensor*, *El Pueblo*, y hasta hace poco el *No Aguantis*, este último satírico y de innegable chispa y que á pesar de todo pereció, mientras los dos anteriores llevan vida robusta.

En las oficinas no se impide la libre circulación de diarios y periódicos, cualesquiera que sean sus ideas, porque han

pensado los salitreros que la coacción daría resultados contraproducentes. En lo cual estamos de acuerdo, pues salvo la incitación violenta é incendiaria, nosotros pensamos que la propaganda sólo debe ser contrarrestada con la propaganda.

En algunas oficinas, las iniciativas del salitrero han ido á la realización práctica de este axioma. Y así, en Rica Aventura, en Agua Santa pudimos ver salones de lectura ó pequeñas bibliotecas nutridas de libros, revistas, folletos, sanos, amenos y útiles, costeados por la oficina.

Por desdicha, este feliz despliegue de contendores intelectuales recién comienzan á iniciarse, á pesar de los resultados benéficos para los mismos salitreros. Basta pensar que un buen libro es un buen amigo, un buen consejero, que puede destruir malas ideas y extraviadas intenciones, devolviendo la paz al espíritu perturbado. Y donde hay paz, hay trabajo fructífero.

Una cosa que nos llamó la atención, es el verdadero culto que tienen los trabajadores por el ex Presidente don José Manuel Balmaceda.

Visitad cualquier campamento, penetrad en cualquier habitación de chilenos— y aún de peruanos y bolivianos— y lo primero que veréis es el retrato del infortunado Presidente, iluminado, de pié, con la banda terciada, tal como lo sacan las cromolitografías de las revistas santiaguinas.

¡Ironías crueles del destino! Allí en el foco donde se organizó la resistencia al finado Presidente; allí, en donde se improvisaron los bravos batallones constitucionales que derrocaron su gobierno y causaron de consiguiente su muerte allí tiene Balmaceda un culto de afecciones, simpatías y

respetos como no lo recibe nadie más, ni venerado santo, ni personaje ilustre.

El espíritu podría perderse en largas divagaciones acerca de la justicia popular, de los errores humanos, de las reivindicaciones de ultratumba. Nosotros, imparciales cronistas, hemos de declarar que ese afecto póstumo parece ser reflejo de la gratitud de aquellos pueblos, pues no se ven otras huellas de servicios y obras públicas, desde Serena al norte, sino las que lograra imprimir la mano del Presidente Balmaceda.

Fuera de lo que él hizo ó proyectó hacer, no se ha hecho nada, pero absolutamente nada en el largo trascurso de trece años.

¿No habrá tomado así Balmaceda en los ánimos de aquellas jentes las proyecciones de un gran Presidente, de un hombre superior, celoso del progreso y del bienestar de su patria? ¿Y no contribuirá su misma desventurada muerte á rodearlo aún de mayores simpatías?

Sea como fuere, el Presidente Balmaceda tiene en la región del salitre un culto popular jeneral, tan fervoroso en el afecto como sencillo en sus demostraciones.

Respecto de la cultura política, muy poco podríamos decir aquí, pues de acuerdo con el pensamiento de la Comisión Consultiva y del Ministro del Interior, no quisimos ni remotamente hacer alusiones á estos asuntos.

Sin embargo, nuestra impresión es que la visita de los di-
pudados señores Concha y Gutiérrez ha dejado allá la simiente del partido democrático, que habrá desarrollarse y dar sus frutos en las próximas elecciones.

El obrero de la pampa es altivo, varonil y no se siente deslumbrado por el dinero. Si antes daba sus votos á radicales ó balmacedistas, era sin duda por falta de candidatos

de sus convicciones y de sus filas. Y es claro: votaria como votan muchos hijos del trabajo en el resto del país: por plata.

Pero ahora que ya están organizados, en filas propias, y que cuentan con hombres inteligentes; pensamos que las cosas van á cambiar si no radicalmente, por lo menos en gran parte.

En suma, nos dice el corazón que para la próxima elección los trabajadores del norte mandarán al Congreso un representante de filiación netamente popular, un hombre de los suyos.

X

LOS AJITADORES Y LAS MANCOMUNALES DE OBREROS

¿Existen agitadores en la pampa? He ahí una pregunta que sinceramente no sabríamos contestar con acierto. Estos estudios son ante todo sinceros, y no nos atrevemos á estampar como información inconcusa nada de que no estemos plenamente seguros.

En este punto concreto, una afirmación nuestra requeriria pruebas, que francamente no tenemos.

Los salitreros dicen que existen esos agitadores de oficio, que medran con el descontento de los obreros. Se nos refirieron casos concretos de huelgas ó conatos de huelga, enteramente artificiales, obra de la prédica, de los malos consejos de unos cuantos espíritus.

El distinguido caballero Mr. Santiago Humberstone, jeren-
te y propietario de Agua Santa, cuya palabra es plenamente autorizada, que vive rodeado de la estimación y el respeto de todos, ricos y pobres, salitreros y trabajadores, refirióle á la sub comisión, que en una ocasión sus operarios se habian plantado, en actitud hostil, declarando que no trabajarían no recordamos por qué causa.

Impuesto el de esta resolución, salió de la casa y se dirigió al grupo de huelguistas. Al punto, uno de éstos quiso «irsele á la carga». Prodúcese entonces un movimiento de defensa entre los mismos trabajadores, que lo rodean rápidamente gritando:

—Al patrón, no!

Tranquilo, el señor Humberstone los oye y los interroga: ¿cuándo los ha desatendido en sus quejas, para que ellos paralicen el trabajo?

Confusos, arrepentidos, los operarios bajan la cabeza, desponen de su hostilidad y se dirigen á reanudar sus tareas, los unos en las máquinas, los otros en las calicheras.

«La tempestad estaba deshecha; el movimiento apaciguado.

Inquiriendo las causas el señor Humberstone declara que era uno, uno sólo, el descontento, y él, ese único, habia arrasado á todos los demás á la huelga.

Cuando la sub-comisión en que íbamos nosotros llegaba á las oficinas, era seguro oír de boca de los administradores frases como éstas:

«Aquí los obreros están contentos.—No tienen de qué quejarse.—Se les cambian las fichas á la par.—La pulpería es barata.—Lo único que hay, es que unos cuantos agitadores les llenan la cabeza de malas ideas, fomentándoles el descontento; todo por sacarles dinero. ¡Y no conocen los pobres!»

Pudimos coleccionar que en el concepto de agitadores de oficio tenían los salitreros, y aún las autoridades, á estos dos elementos: los editores de periódicos populares y las Sociedades Mancomunales.

Ya hemos hablado de los periódicos que circulan entre los trabajadores. Hemos dicho que no siempre son pacíficas sus

doctrinas y ordenados sus consejos. Agreguemos á esto que, según los salitreros, frecuentemente los editores recorren los campamentos en busca de erogaciones, que á veces son abundantes y en que suelen entrar las mismas oficinas, ignoramos á qué título.

Por nuestros propios ojos pudimos ver el talón de un cheque por algunos centenares de pesos, jirado á la orden de un editor de esos periódicos populares. ¿Era cheque por cargar á la cuenta de los trabajadores? ¿Era erogación de la oficina? No quisimos averiguarlo.

Personalmente conversamos después con otro de esos editores. Desde luego nos llamó la atención la facilidad de la palabra, la claridad de la exposición y el conocimiento asombroso de las necesidades de los trabajadores, de la forma del trabajo, de las irregularidades de los contratos, de los abusos de los patrones, etc.

Ante la sub-comisión pretendió hacer la misma exposición. Impuesta aquélla de que no era obrero de la oficina, le desconoció su personalidad. El sujeto le replicó al punto:

—Cualquiera tiene el derecho de representar los abusos que se cometen con esta pobre jente.

La sub-comisión se encontró varias veces con personas que en un lenguaje lleno de calor y convencimiento, hacían exposición de quejas.

—¿Trabaja usted en esta oficina? le preguntábamos.

—No, señor; soy de tal otra; pero me han mandado mis compañeros.

¿Son éstos los agitadores? ¿Es agitador el diarista que recoge las quejas de los trabajadores, les da forma, las imprime, les marca un jiro á veces violento y suele calificar duramente á los patrones?

¿Es agitador el obrero que asume la representación de sus compañeros y formula los reclamos ante el patrón ó ante la autoridad?

¿O se los califica de tales, porque se estima que son ellos

los que hacen nacer el descontento, son ellos los que imbuyen en los trabajadores ideas de protesta por esto ó aquello?

Es decir, el trabajador ¿está realmente contento y reclama sólo porque alguien, interesadamente, le dice que reclame?

Como se ve, es difícil contestar satisfactoriamente estas interrogaciones, cuando se ha visto que hay causas efectivas y reales de malestar, con agitadores ó sin ellos.

La perplejidad aumenta si tratamos de considerar á las Sociedades Mancomunales como fomentadoras de huelgas, esto es, como factores de agitación.

Hemos visto los estatutos de una Mancomunal, la de Topopilla. No pudimos obtener un ejemplar de la de Iquique. Según esos estatutos, en el fondo la Mancomunal es una asociación de resistencia contra los abusos de los patronos. Resistencia no es lo mismo que agitación. Y de hecho ante la Comisión Consultiva la Mancomunal de Iquique ha representado las necesidades de los gremios en ella congregados, como ser: trabajadores de la pampa, cargadores, estibadores lancheros, etc.

Y aquí surge otra contradicción: según unos, las Mancomunales son dirigidas por individuos que no trabajan, y perciben grandes sueldos sacados de los obreros. Pues bien, como en cada huelga la Mancomunal debe sostener á los huelguistas, parece lógico concluir en que á los directores no les convienen las huelgas, siquiera porque corren peligro sus sueldos.

Se ataca también á las Mancomunales porque dividen á los trabajadores y hacen cruda guerra á los que no entran en ellas. Realmente, en algunos puertos, como Caleta Buena, cuando pasamos, existía un estado violento entre los mismos

trabajadores, á causa de que unos eran mancomunados y otros independientes.

La situación era tan grave, que más de una vez se habian ido á las manos los unos contra los otros, en choques casi sangrientos que la policia ha sido impotente para reprimir

Nuestra impresión es que la Mancomunal es una asociación poderosa, porque encierra á todos los gremios de trabajadores, y se extiende casi de un extremo á otro del país.

Ha sido y es muy perseguida por las autoridades, á nuestro juicio, en algunos casos por pretextos más ó menos fundados y suministrados por las mismas instituciones; en otros casos, por un disculpable error derivado de la ignorancia que reina entre nosotros sobre el poder, la influencia y el objeto de estas asociaciones.

Desde que se presentan como sociedades de orden, pensamos que la autoridad no tiene por qué atacarlas y perseguirlas. Al contrario, en los conflictos del trabajo serian ellas un elemento decisivo para hallar las soluciones, desde que representan los intereses de una de las partes.

Si obran mal, sería hasta loable encaminarlas al bien.

Pero en todas partes se persigue á los mancomunados, y esto los exaspera. Ya hemos hablado de la violenta escisión reinante en Tocopilla. Los obreros culpan al gobernador y al juez. Refieren las cosas así:

La Mancomunal de Tocopilla, deseosa de facilitar á los trabajadores del Toco los artículos de consumo á más bajo precio del que los venden las pulperias de las salitreras, adquirió un terreno arriba, en la subdelegación nombrada, para establecer una cooperativa de consumo.

Corridos los trámites legales, se impidió por la justicia la posesión del terreno ya adquirido, frustrando así el propósito de la Mancomunal.

Su órgano, *El Trabajo*, atacó al juez con violencia. Se hizo entonces que un ex-mancomunado pidiera liquidación de la Sociedad, y á título de medida precautoria que se embargara la imprenta por donde salía aquel periódico. Al cumplirse tal requisito por la policia, se opusieron los mancomunados, orijinándose los disturbios desgraciados de que habló la prensa.

Las autoridades refieren las cosas de otra manera; y en orden á este último incidente, pintan al directorio de la Mancomunal oponiéndose de todos los modos posibles á una rendición de cuentas que seria un desastre.

En esto de malos manejos de fondos, incúlpase también al presidente de la Mancomunal de Iquique.

¿Son ciertas estas acusaciones? En todo caso, nosotros pensamos que son los mismos socios, los mismos mancomunados los que deben averiguar cosas que tan de cerca les tocan.

Pero la autoridad no debe aparecer en ningún caso hostilizando á esas instituciones. Un cambio de política, á nuestro juicio, daría buenos resultados, restableceria la armonia entre los obreros y las autoridades y facilitaria la solución de los conflictos.

Para ser justos, recomendaríamos también á los miembros de las Mancomunales, mayor moderación en el lenguaje y más paz y tranquilidad en las ideas. Somos de los que piensan que las causas se prestijian más y se imponen mejor al respeto jeneral, mientras más culta y razonable es la actitud de los que las sostienen.

Y sobre todo, así se evitarian estas sociedades que se las tildara de agitadoras de oficio.

XI

OTRO FACTOR

Las relaciones reciprocas entre patrones y operarios en el trato diario, constante y obligado del trabajo, asume los más

variados matices, desde la hostilidad franca hasta el afecto sincero, pasando por la indiferencia y la frialdad.

Naturalmente, según es el patrón, así es el trabajador. Los operarios de las salitreras no tienen por qué ser una excepción á la ley psicológica del afecto. El amor domestica á las fieras, dice por ahí un verso, y dice una profunda verdad. Y si hasta las fieras saben ser agradecidas, esos trabajadores no pueden menos de reconocer y estimar los esfuerzos que por ellos se hacen.

Hay aquí patrones que son queridos. No son muchos, por desgracia; pero los hay. El cariño al patrón no implica una aceptación expresa del estado de cosas, una conformación con la pulperia y con los demás factores que los obreros estiman como males. El patrón es querido á pesar de esos males, muchos de los cuales son derivados sólo de la defectuosa organización del trabajo, como hemos dicho en otra ocasión. Y es querido, sencillamente porque por otro lado el patrón demuestra que quiere á su vez á los trabajadores.

En la palabra «patrón» conviene distinguir al dueño ó gerente-accionista y al administrador. En muchas oficinas, el obrero afirma que el administrador abusa porque no lo sabe el patrón. Recordamos que en cierta salitrera, en un discurso se elogiaba «la filantropía, la jenerosidad» del propietario; y pocos momentos después se quejaba la jente de los abusos de la pulperia.

Suele suceder que á un patrón muy bueno se junta un administrador igual. Entonces ¡miel sobre hojuelas! Ya las quejas sólo recaen sobre la organización del trabajo, sobre la forma de la explotación. Y de los labios del trabajador no salen sino palabras de gratitud y de cariño para con sus jefes.

Peró hay casos en que los administradores realizan en la

práctica un sistema que equivale á «no querer nada con los trabajadores», es decir, el sistema de la distancia, de la indiferencia.

El trabajador les paga en la misma moneda ¡y con creces. No hay idea del desdén, de la insolencia con que el obrero mira á un jefe cuyo desprecio adivina. Fueron muchas las veces en que los miembros de la Comisión oyeron las palabras «robo», «explotación», «abusos», etc., pronunciadas en las barbas mismas de los jefes, con un acento y un jesto todavía más duros que las palabras.

Y aquí viene un motivo de esa antipatía. Refieren los obreros que cuando se permiten una protesta cualquiera, algún acto que desagrade á los administradores, no sólo son despedidos los «revoltosos», sino que se da aviso á las demás oficinas para que no los admitan.

Es el sitio por el hambre.

¿Son verdaderas estas acusaciones? Tenemos datos para creerlo así.

En primer lugar, la uniformidad de la queja.

«Señor,—decían—aunque sabemos que mañana seremos despedidos por quejarnos á ustedes» . . .

¡Y lo decían delante de los jefes!

No se nos ha olvidado la figura de un trabajador chico, delgadito, moreno, muy excitable y nervioso, que en una oficina representó ante la subcomisión las quejas de sus compañeros.

Habiendo sabido el administrador que él se había quejado por los demás, lo llamó delante de la subcomisión á un ca-reo mortificante.

— ¿De qué se queja usted, Fulano?—le preguntó afablemente.

Y el trabajador contestó sonriendo:

—Aunque sé que usted me despedirá mañana, ó ahora mismo apenas se alejen estos señores, así como Cristo se sacrificó por la humanidad, yo me sacrificaré por mis compañeros.

Y sostuvo una á una todas las acusaciones formuladas antes.

Recordamos todavía que uno de los miembros de la Comisión le dijo:

—Usted dijo tal cosa, y el señor administrador sostiene esto otro. . .

El obrero replicó al punto:

—Si el señor administrador sostiene eso, ¿para qué me lo pregunta á mí?

El administrador no demostró nada. Pero algo en el fondo de nuestros espíritus nos decía que aquél obrero sería despedido.

En segundo lugar, los mismos administradores no lo niegan. Sostienen sí que sólo despiden á los trabajadores de mala conducta ó perturbadores del orden y la disciplina.

Por cierto, si se trata de elementos dañosos, que hagan mal á sus mismos compañeros, la separación es una medida de disciplina, que nadie puede censurar porque se trata de eliminar lo que no sirve.

Pero no es justo ni lícito castigar al hombre por las manifestaciones de su individualidad, porque levanta su voz fundado en la razón y en el derecho á la libertad y á la vida.

Por ejemplo, el caso que refiere una carta que hace poco hemos recibido, nos parece digno de censura, y sobre todo lo estimamos contraproducente. Léase la carta:

«Oficina «Santiago», Huara, marzo 30 de 1904.—Señor Editor de *El Chileno*.—Muy señor mío:

El objeto de la presente es para anunciarle que *El Chileno* me lo remita á Antofagasta, oficina «Pepita», Aguas Blan-

cas, porque de esta oficina tenemos que salir muchos compañeros de trabajo, sólo por el delito de haber ido á Huara á recibir á los señores Concha y Gutiérrez.

Sin más motivo, nos suspende el administrador, y tenemos que emigrar en busca de nuestro pan á otra parte y con numerosas familias.

Ahi podrá usted ver nuestra situación tan desesperante. Nos hostilizan hasta en nuestra propia libertad.

De usted su Aff. y S. S.—*Manuel Ahumada N.*

Siendo el firmante «particular», es decir, contratista, la injusticia es evidente, puesto que su trabajo es independiente, sujeto á la sola voluntad del interesado.

En resumen, la frialdad, la indiferencia de los patrones y esta tendencia de los jefes á ahogar la voz de los trabajadores, porque esa voz se queja y reclama, nos parece otro factor del descontento de estos últimos.

Fácil sería removerlo. Seria, además, hermoso. Es antipática la tiranía; pero se hace odiosa y repelente cuando se sirve del hambre y de la miseria para amordazar la lengua que pide justicia.

XII

DEMOSTRACIONES DE AFECTO

En nuestro número de ayer insinuamos la afirmación de que los obreros tenían afecto por aquellos patrones que á su vez demostraban interés por ellos. Cábenos hoy la grata tarea de comprobar la efectividad de esa afirmación consoladora.

La primera oficina salitrera que visitó la sub-comisión en que fuimos incorporados, se llama Cala-Cala y pertenece al

caballero peruano don Lorenzo Pérez Roca, que ese día cabalmente debía embarcarse con destino á Europa.

A poco de conversar con él, el señor Pérez Roca formuló declaraciones en orden á los trabajadores, que fueron oídas con el más vivo interés por los miembros de la sub-comisión.

— «Yo, señores,—empezó diciendo—guardo á mis trabajadores las consideraciones á que los proletarios tienen derecho. Los conozco uno á uno personalmente, los llamo por sus nombres, oigo con atención sus reclamos, los atiendo como merecen, y creo que están contentos.

Ustedes mismos pueden imponerse de esto último. Visiten el campamento y la pulperia, hablen con ellos con entera libertad y que digan si tienen quejas.

Los precios de los artículos son los más bajos posible; el agua vale sólo cinco centavos la lata; el cambio de fichas es á la par, y si quieren pueden comprar en Pozo Almonte; la oficina cambia las fichas sin descuento.»

Visitamos, en efecto, los campamentos; nos impusimos de que el agua tenía ese precio (en las demás oficinas vale diez, quince y hasta veinte centavos la lata); advertimos que en la pulperia, además de los artículos de consumo, había un enorme y selecto surtido de libros literarios, de viajes, historias, etc.; hablamos con los trabajadores, y no había quejas.

Poco después se despedía de nosotros el señor Pérez Roca para tomar el tren. Y pudimos ver que sus trabajadores lo saludaron con respeto y con afecto, deseándole feliz viaje.

Alguien á quién referimos después esta adhesión de los trabajadores al patrón, nos observó que en esa oficina no había trabajadores chilenos, que todos eran peruanos y bolivianos. Sin embargo, el mismo señor Pérez Roca nos había declarado antes que sus operarios eran chilenos, bolivianos y peruanos. Y la impresión personal de los miembros de la sub-comisión acerca de aquél caballero, fué la de que era

un hombre culto, sincero y cumplido para con todo el mundo.

Hemos mencionado en el curso de nuestros artículos al señor José Devéscovi, propietario de la oficina «Constancia». Hé aquí otro patrón querido.

Pero es que se ha preocupado del bienestar de sus obreros. Ya hemos dicho que su campamento es modelo, que puede servir de tipo á las habitaciones de este jénero. Tiene, además, una escuela costeada por la oficina y ayuda considerablemente al sostenimiento de la fiscal. Ha hecho construir una iglesia y mantiene un capellán. Los precios de la pulpería son bajos. Los cachuchos están cerrados desde tiempo inmemorial, y las fichas se canjearon siempre á la par.

Finalmente, el administrador, siguiendo el espíritu del dueño, es un hombre modelo, que no deja jamás de prestar atento oído á los reclamos de los obreros, que los trata con afecto y se preocupa de que estén contentos.

Resultado: que todo el mundo se hace lenguas de esta oficina, que los trabajadores no han hecho nunca huelga y anhelan trabajar siempre en ella.

Conocimos también personalmente á otro patrón, que no vacilamos en calificar de modelo. Es el señor Enrique Sloman, propietario de algunas salitreras del Toco, y para cuya persona los obreros no tienen sino elogios.

El señor Sloman ha construido á sus expensas una iglesia en Rica Aventura, un hospital, un salón de lectura, una filarmónica y proyecta algunos otros beneficios del mismo jénero.

Tiene buenos campamentos, y entendemos que ha sido el primero en introducir en la pulpería dos reformas que ami-

noran en algo las quejas de las familias: una de ellas es suprimir la participación que el pulpero tiene en las utilidades de la pulperia, dejándolo sólo a sueldo puro, con lo cual se le quita la tentación de abusar; y la otra reforma consiste en fijar al lado de la pulperia una lista de precios, autorizando al consumidor para reclamar ante él mismo de los recargos arbitrarios, de los precios que no estén conformes con la lista.

Finalmente, no podemos dejar sin lugar preferente en esta enumeración, al señor Santiago T. Humberstone, jefente de Agua Santa, que tantas veces hemos nombrado para autorizar algunas afirmaciones.

El señor Humberstone es el decano de los salitreros, el hombre más antiguo en la pampa. Entendemos que es salitrero desde hace treinta años.

Su aspecto sólo predispone á la simpatía y al respeto. Es una especie de patriarca, de continente sereno, de habla afectuosa, tan atento, tan respetuoso con todo el mundo, que confunde y cautiva al mismo tiempo. Al entrar en las habitaciones del campamento, era el más solícito en saludar, sombrero en mano, á las mujeres de los trabajadores, imponiéndose de su estado y de la situación de la familia.

Y todo esto con una sencilla afabilidad, sin exajeraciones, con la natural manera del que está acostumbrado a hacerlo. Se nos figuraba un noble lord, de venerable fisonomía y espíritu paternal, de esos que pasan como evocaciones legendarias por las serenas páginas de Taine ó Mad. Craven.

Por cierto que ha desarrollado felices iniciativas. Aquí no se paga el *peso del médico*, el terrible peso mensual que es como una pesadilla para los trabajadores y que forma un capítulo de sus reclamos. Dicen en efecto que el peso es por estar sano, pues si se enferman, el médico sólo receta sulfato de soda; y si la medicina es cara, hay que comprarla, á pesar de que el dichoso peso es para médico y botica.

Aquí se instaló el primer hospital, que presta incalculables servicios á las oficinas de los alrededores.

Aquí hay un orfeón musical, filarmónicas, dos ó tres clubs, salas de lectura, sport, billar, ajedrez, etc., etc.

Aquí se vive feliz, en cuanto es posible la felicidad en esas ingratas rejiones.

¿Consecuencia de este placentero estado de cosas? El cariño verdaderamente sincero y entusiasta de los obreros para con el señor Humberstone, probado ya en más de una ocasión.

Cabalmente, hace poco regresó de un viaje á Inglaterra. Véase por los siguientes párrafos de una correspondencia de Agua Santa á uno de los diarios de Iquique, cómo fué recibido por todos sus empleados y todos sus trabajadores.

Advirtamos de paso que se habla en esos párrafos de arcos de ramaje diverso, lo cual constituye una verdadera maravilla en aquellas pampas en que no crece una yerba, en que ni la flor más pobre alegra los cansados ojos del viajero.

¿De dónde pues sacaron ramas y plantas los manifestantes? De una distancia enorme. Prodijios del cariño!

Dicen los párrafos aludidos:

«En la oficina lo esperaban, en una pintoresca y bien adornada avenida, engalanada con banderas de distintas nacionalidades, gallardetes, ramas de árboles traídas de Tarapacá y una gran cantidad de arcos de molles.

A la entrada de la avenida había un arco hecho por los socios del Agua Santa Football Club, dibujado con arte, donde se veían pintados todos los elementos para el juego: la pelota, el bombín, el pito y las canilleras. En el centro del arco se leía la siguiente inscripción:

The Agua Santa Football Club saluda al señor Humberstone.

En la parte de arriba, en el centro, la bandera del Club; en los costados, una bandera chilena y otra inglesa.

Al fin de la avenida, ó sea á la entrada de la Administración, se levantaba un arco hecho por la comisión de fiesta, pintado con bonitos colores. En el centro del arco, en letras bien gordas, habia la siguiente inscripción:

Feliz llegada al señor Humberstone.

Y en las columnas:

El pueblo de Agua Santa saluda al señor Humberstone; empleados y operarios saludan á su digno Jefe.

En cada columna habia una bandera inglesa y otra chilena; y en el centro flameaban cinco banderas más: la inglesa, la chilena, la peruana, la argentina y la boliviana.

«Cuando pasó toda la comitiva, principiaron á desfilar por orden todas las sociedades nombradas hasta el arco ó gran portada alegórica, tomando cada sociedad su colocación en el mismo orden de formación. Una vez en este punto el señor Esteban L. Rojas, presidente de la comisión, pronunció el discurso de bienvenida á nombre de la comisión, y al final de su discurso, con frases muy elocuentes, entregó la tarjeta de oro obsequiada por el personal de empleados y trabajadores de la oficina.

«En seguida hicieron uso de la palabra el doctor Quintana, á nombre del pueblo; el señor José M. Márquez, presidente de la Sociedad de Trabajadores de la Pampa de Negreiros, á nombre de ésta; el señor P. C. Muñoz, secretario del Agua Santa Football Club, á nombre de éste; el señor Peralta, á nombre del Estrella de Chile Football Club; y el niño R. Campillay, secretario del Small Agua Santa Football Club, á nombre de éste. Al final de todos los discursos, contestó el señor Humberstone en palabras muy cariñosas, dando las gracias por la manifestación de que era objeto».

«Resumen jeneral de fiestas, que todos los concurrentes se han retirado muy contentos con las finisimas atenciones de los esposos Outram, y el pueblo ha estado muy contento con la comisión que voluntariamente nombró, y que inter-

pretó muy bien los deseos de los trabajadores para recibir dignamente al señor Humberstone».

Es posible que no sean éstos los únicos patrones buenos y que se han labrado el afecto en el corazón de los trabajadores. Es posible que haya más. Nosotros hemos mencionado á los que hemos conocido, á aquellos que juzgamos queridos, por sus obras y por las demostraciones de sus jentes.

En vista de esto, preguntará alguno: ¿cómo se explica que los obreros estén descontentos, teniendo buenos patrones?

Cábenos responder lo que otras veces hemos dicho, en este complejo problema hay circunstancias diversas, hay males derivados, nó de la maldad de los hombres, sino de la defectuosa organización jeneral, de la falta de reglamentación, del abandono de ciertas condiciones justicieras y equitativas que deben reglar las relaciones del capital y el trabajo.

En suma: entre los salitreros hay hombres buenos, muy buenos; pero estimamos que el sistema es malo, muy malo, porque ha establecido é implantado como cosa regular, cierta forma de explotación que toca en los linderos de lo inicuo, lo injusto y lo arbitrario.

XIII

LOS SERVICIOS PÚBLICOS

De intento hemos dejado para lo último el capítulo de los servicios públicos, ó sea la acción del Estado en aquellas importantes rejiones.

¡Es de lo último!

En este particular, no sabríamos decir si tienen mas derecho á quejarse los trabajadores ó los salitreros. La indolen

cia del Estado los tiene á unos y á otros en igual abandono, y las lamentaciones son iguales por ambos lados.

¿Por dónde empezar? Todo está allí á la de Dios que es grande.

Empecemos por la salud, que es la vida, por aquello de primero vivir y después filosofar.

Los campamentos son hechos al regalado gusto de los salitreros. Los antiguos son detestables en algunas oficinas: algunas habitaciones llegan á parecer celdas de presidio, según apuntamos en un artículo anterior. Y nadie hay que vijile por aquello, que determine las condiciones hijiénicas que deben reunir esas construcciones destinadas á contener 500, 600, 1,000 familias.

En cuanto á hospitales, no hay más que los de las ciudades principales, como Iquique, Pisagua, Antofagasta, Taltal, etc. Y además, los que la iniciativa del salitrero construye en alguna oficina, costeados por él desde el edificio hasta el algodón.

Sin embargo, hay pueblecitos adyacentes á las oficinas, como Huara, Pozo Almonte, Toco, etc., en que esos establecimientos prestarían incalculables servicios.

La justicia de menor cuantía es otra deficiencia del Estado. Allí, como en las ciudades del centro, es gratis; y como en la rejión salitrera no se vive comiendo salitre, por mucho ázoe que contenga, los subdelegados ó son empleados de las mismas oficinas, ó á ellas les deben servicios inapreciables, como el agua, la casa, etc.

El agradecimiento ó la dependencia hacen cojear á la justicia del lado de los patrones, suscitando en el ánimo de los trabajadores una repulsión tan grande como justificada.

Hay pues que rentar á subdelegados y jueces de menor cuantía.

El correo no existe por allá sino como un rasgo de benevolencia de las oficinas. Son éstas las que reciben las cartas y las entregan á sus trabajadores.

En unas partes, este servicio se hace por las oficinas religiosamente; en otras, se quejan los obreros de violaciones ó descuidos tales, que las pérdidas son seguras.

En todo caso, se trata de un servicio que, hecho bien ó mal, es una verdadera molestia para las oficinas, y sobre el cual los trabajadores no tienen ni siquiera derecho de reclamar.

El remedio estaría en crear estafetas en cada oficina salitrera, entregándolas á la preceptora de la escuela.

Sería una ayuda que les vendría de perlas, dados los sueldos irrisorios de que allá goza el preceptorado.

Y ya estamos en otra irregularidad: la instrucción.

Es forzoso crear escuelas en todas las oficinas, y si es posible, una para hombres y otra para niñas. Actualmente, casi todas las escuelas son mistas y el preceptor es mujer.

Nada diremos de que su remuneración vergonzosa coloca á esas empleadas en situación difícil: 70 pesos mensuales no los gana en una salitrera ni un sirviente. Si no fuera por la ayuda de las oficinas, dudamos de que alguna persona pudiera mantenerse un mes en esas rejiones.

Pero queremos insistir en la importancia que tiene la formación de los niños.

Pensemos un momento en las condiciones especiales de la vida allí; en la miseria frente á la riqueza; en las ideas que jermiran espontáneamente ó que se hacen jermirar, y con- vendremos en que formar corazones sanos y espíritus rectos,

y nutrir los cerebros de los niños con ideas de orden, de paz, de conciliación, es hacer obra salvadora, de una importancia trascendental.

La escasez de sacerdotes hace aún más indispensable la labor rejenadora y elevada del maestro. Allí es necesario depurar las almas, destruir los malos jérmenes caídos en los espíritus infantiles por el descuido de los padres, como cae la mala semilla en un campo fecundo,

Y es necesario proseguir después esta obra por medio de las conferencias y de las escuelas nocturnas, para mantener derecha y sana la planta regada allá en los bancos escolares.

Ancho es aquí el campo para los maestros y fecunda y provechosa su obra. Pero es de una labor extraordinaria, y requiere, no sólo preparación especial, ciertas nociones de sicología y sociología, sino una fuerte dosis de virtud.

Por lo mismo debe ir en condiciones favorables de independencia económica.

El ideal sería mandar matrimonios de preceptores: ellas, para formar mujeres dignas, virtuosas y útiles, que presten vida y contento á los hogares de los trabajadores, los ayuden y los fortalezcan; ellos, para formar hombres conscientes, ordenados, dueños de sí mismos, sobrios y que sepan aprovechar su estadía en aquel duro territorio, acumulando economías para dejar pronto el destierro.

Condición primaria de los maestros: buen sueldo para trabajar con toda independencia.

La policía es deficiente. En algunas partes, la oficina costea un cuerpo especial de guardianes, que son mirados con odio por todo el mundo: por los trabajadores, porque son especie de verdugos; por los guardianes y jendarmes fiscales, porque los miran como intrusos; y finalmente por los mismos salitreros, porque ven en ellos una pesada carga.

No hay que insistir mucho, por otra parte, para demostrar que esto es sencillamente ilegal, y extremadamente vergonzoso para el Gobierno central.

Respecto del ahorro, hemos dicho ya la nula acción del Estado en tan vital materia. Recientemente se decretó la Caja de Ahorro para Iquique, la cual, según entendemos, no funciona aún.

Pero aún esa sólo Caja la estimamos insuficiente si no se crean ramificaciones en las salitreras. Ya lo hemos dicho: es preciso que el ahorro vaya al encuentro del trabajo, libre, voluntario, pero atrayente y seductor.

¿Pero cómo conciliar la repugnancia del trabajador á todo aquello en que interviene la oficina con la práctica del ahorro? Es decir ¿cómo llevar sucursales de la Caja de Ahorro á las mismas oficinas, sin que esto importe un enorme desembolso para El Erario?

He aquí puntos interesantes que deben merecer un estudio especial de parte de la Comisión.

De la anterior reseña se desprende que el Fisco chileno ha estado en una situación mendicante allá en las salitreras.

Todo lo han hecho los salitreros mismos en algunos casos; en otros, las iniciativas de los trabajadores.

El Fisco ha estado recibiendo anualmente al rededor de cuarenta millones de pesos, producto de los esfuerzos de los unos y de los capitales de los otros, á título de tener linda cara!

XIV

RESUMEN

Tocamos ya al fin de nuestros estudios acerca de la rejión del salitre.

Creemos haber dejado establecido que, sin ser de la alarmante gravedad que antes les atribuíamos, hay en las relaciones de patronos y trabajadores hondas escisiones, hostilidades y antipatías que hacen la vida aún más penosa de lo que es naturalmente.

Nadie discute la conveniencia, la necesidad de establecerlas en un pie diferente, de armonía cordial ó siquiera de tranquila conformidad.

Ya lo hemos dicho: soñar con un estado feliz en esas rejiones, es utópico. Allá se trabaja y se sufre, pero por parejo, sin que haya nadie que se escape á una ley decretada por las condiciones naturales de la rejión. Sufren el patrón y el obrero, la señora millonaria que acompaña á su marido y vive solitaria en las casas de la administración, y la hija del pueblo que ayuda al hogar cosiendo y lavando en la vivienda del campamento.

Y es natural que unos y otros busquen compensaciones dentro de sus medios de su cultura, de su educación. La jente de la administración busca los goces de la mesa y del confort; la jente de la elaboración busca los goces de la bebida, si no le dan otros. Bueno, conveniente y provechoso es pues darle, multiplicarle á esta última esos otros goces, preparándola al mismo tiempo para que pueda y sepa disfrutarlos.

En el orden económico es indispensable introducir reformas sustanciales, de modo que por un lado alejen de la

mente de los trabajadores hasta la idea de que son explotados, y por otro garanticen á los patrones de la seguridad de sus intereses y de la tranquilidad del trabajo.

Damos nosotros tanta importancia á estos capítulos económicos, que los consideramos decisivos. Serán inútiles, á nuestro juicio, las iniciativas patronales, las filarmónicas, los hospitales y los clubs construídos por los salitreros, si subsisten la pulperia en la forma actual; la prohibición del comercio libre; el castigo al trabajador que compra en otra parte; el irregular sistema de los acopios de caliche, en que el «particular» trabaja sin ganar dinero y endeudándose con la oficina; la despedida violenta del trabajador y su familia sin causas justificadas; la cesación de toda obligación pecuniaria de la oficina, en los casos de accidentes, etc., etc.

Serán, decimos, ineficaces esas iniciativas, porque equivalen á darle dulces á un niño después de haberlo azotado. Mientras haya explotación, el trabajador no estará contento, así le den almibar. Y que hay explotación por medio de la pulperia, desde luego, es evidente, pues basta pensar en que la oficina recibe *casi todo el dinero que paga a su jente*.

Tenemos á la vista unos datos preciosos que nos acaban de llegar del Toco, de fuente muy autorizada. Véase lo pertinente á las pulperías.

«*Entradas de las pulperías.*—En la pulperia de Santa Isabel se venden mensualmente 50,000 pesos; en Empresa, 60,000 pesos; en Buena Esperanza, 22,000; en Rica Aventura 65,000; en Grutis, 55,000; en Iberia, 55,000; en Santa Fe, 55,000.

«Lo que hace un total al año de \$ 4.344,000.

«El salario de trabajadores y empleados es de \$ 5.700,000.

«Lo gastado en pulperías por ellos mismos \$ 4.344,000.

«Diferencia \$ 1.356,000.

«Esta diferencia se consume en la fonda, recoba y ferrocarril, que dependen de las mismas salitreras; y parte en Tocopilla.»

La sola exhibición de esas cifras es de sobra elocuente.

Si á esto agregamos que á cada oficina le queda un *peso* líquido por quintal de elaboración—y hay oficinas que elaboran millones de quintales—se verá la enorme, la colosal ganancia de las salitreras, que destruye el único argumento serio en defensa de las pulperías: los salarios elevados.

Destruídos esos obstáculos sustanciales, queda expedita la acción armonizadora. Los demás reclamos son sustentados á veces por patronos y obreros juntos, como los referentes á la justicia de menor cuantía y á los servicios públicos.

Seguimos creyendo que en el arreglo de aquella cuestión deben intervenir como factores fundamentales la legislación y el patronato del Estado.

El Estado, con una legislación prudente y equitativa, que ampare la libertad y los derechos de todos, que impida las inmoralidades erijidas en sistema, como el juego, y que resguarde al trabajo y al capital creando contratos taxativos que cuenten con el consenso de ambas partes, de trabajadores y patronos, habrá planteado las bases fundamentales de la armonía.

Una legislación clara y prudente evitará la frecuente acción de la justicia con sus embrollos tinterillescos. La justicia deberá ser expedita y barata, pero conviene dejarle el menos que hacer posible, pues las demandas entre patronos y obreros, amén de engorrosas y ocasionadas á pérdidas de tiempo, harían surgir tantas escisiones profundas cuantos fueran los casos judiciales.

Y sería cosa de nunca acabar.

El Estado debe asimismo acudir con sus servicios patronales con mano generosa, por la cuenta que le tiene y por elemental deber de reciprocidad.

El ahorro, la instrucción, los entretenimientos, las bibliotecas, la higiene, todo lo que contribuya á la cultura de los trabajadores y á apartarlos de los vicios, deben ser preocupación preferente del Estado, por la influencia que todo esto tiene allí.

Los salitreros y los trabajadores mismos serian ayudas eficaces. Pero no es posible dejarles á los unos ó á los otros exclusivamente el peso de esta carga.

Finalmente, no hay que olvidar la reliji3n, cuya influencia morijeradora y pacífica no es posible desconocer.

La labor es considerable. Pero no se puede negar que vale la pena de intentarla. Se trata de cuantiosos intereses fiscales, industriales y populares.

Hemos terminado nuestra modesta colaboraci3n en el estudio jeneral de la cuesti3n salitrera. No abrigamos la pretensi3n de haber hecho un trabajo completo y de todo punto acertado. En este complejo problema, muchos factores se nos habrán escapado, y es posible que espíritus mejor preparados que el nuestro, discurren soluciones más satisfactorias.

Pero reclamamos para nuestro trabajo el calificativo de sincero, de honrado, de independiente. Hemos referido lo que hemos visto ú oído, y hemos hecho deducciones con un criterio enteramente sereno, sin dejarnos cegar por el cariño que siempre hemos tenido á las clases trabajadoras, ni tampoco por las delicadas atenciones personales que se nos prodigaron en las oficinas salitreras.

Hemos procurado colocarnos en el único terreno de donde es posible apreciar estas cuestiones: el de la imparcialidad más absoluta y la sinceridad más completa.

Consideramos deber de cortesía, al cerrar estos estudios,

consignar una palabra de agradecimiento para los señores Rafael Errázuriz, Paulino Alfonso, Ramón Bascuñán, Francisco de B. Echeverría, Antonio Huneeus, Manuel Salas Lavaqui, Enrique Rodríguez, Luis Antonio Vergara y Darío Urzúa, miembros de la Comisión Consultiva, que como nosotros estudiaron la cuestión obrera con ánimo levantado y patriótico, por las deferencias que tuvieron para con el representante de *El Chileno*, en este viaje memorable é histórico, del cual el país espera valiosos y abundantes frutos.

